

NELLIE BLY

**DIEZ DÍAS EN
UN MANICOMIO**



Nellie Bly recibe, por parte del periódico donde trabaja, el New York World de J. Pulitzer, el encargo de escribir acerca de cómo es la vida dentro de una institución de enfermos mentales.

Ingresa en un manicomio haciéndose pasar por demente. Engaña a los médicos y experimenta las duras condiciones del psiquiátrico: comida en mal estado, agua sucia para beber, abusos y trato vejatorio por parte de los enfermeros, ratas e insalubridad,...

Una vez en su papel, cuando quiso abandonar el lugar no consiguió convencer a nadie de que era una periodista encubierta y no le permitieron salir de allí hasta que intercedió el redactor de su periódico. Diez días después de su ingreso, comenzó la redacción de esta polémica historia, con la que consiguió que las autoridades sanitarias emprendieran reformas importantes en los hospitales de salud mental.



Nellie Bly

Diez días en un manicomio

ePub r1.0

Titivillus 31.10.2020

Título original: *Ten days in a mad-house*

Nellie Bly, 1887

Traducción: David Cruz

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Desde que se publicaron en el *World* mis experiencias vividas en la institución mental de la isla de Blackwell, he recibido cientos de cartas relacionadas con este asunto. La edición en que aparecía mi relato hace mucho que se agotó, y me han convencido para que permita que se publique en forma de libro, y así satisfacer a las cientos de personas que aún buscan una copia.

Me alegra poder afirmar que como resultado de mi visita al sanatorio y de lo que más tarde expuse, la ciudad de Nueva York destina un millón de dólares adicional cada año para el cuidado de los enfermos mentales. De modo que al menos tengo la satisfacción de saber que esos pobres desafortunados estarán mejor cuidados gracias a mi trabajo.

A handwritten signature in black ink, reading "Nellie Oshy". The signature is written in a cursive style with a long, sweeping underline that extends to the right.

Capítulo I

Una misión delicada

El 22 de septiembre el *World* me pidió si podía internarme en uno de los sanatorios para enfermos mentales de Nueva York con vistas a escribir una narrativa sencilla y sin barnices sobre el tratamiento de las pacientes, los métodos de la dirección, etcétera. ¿Creía tener el valor necesario para pasar por el trago que requería tal misión? ¿Podía fingir las características propias de la locura hasta tal punto como para engañar a los médicos y vivir una semana entre los locos sin que las autoridades descubrieran que tan sólo era «una chica infiltrada que tomaba notas»? Dije que creía que sí. Tenía algo de fe en mis habilidades como actriz y pensaba que podía fingir locura justo lo suficiente como para cumplir cualquier misión que me confiaran. ¿Podía pasar una semana en el centro de dementes de la isla de Blackwell? Dije que podría y que lo haría. Y lo hice.

Las instrucciones que me dieron se basaron en que hiciera el trabajo cuando sintiese que estaba lista. Debía escribir una crónica fiel de las experiencias que viviera, y una vez que estuviese dentro de las paredes del manicomio tenía que investigar y describir su funcionamiento interno. Un funcionamiento que siempre se oculta eficazmente de la opinión pública gracias a las enfermeras de cofias blancas y a los cerrojos y barrotes.

—No te pedimos que vayas allí con el propósito de hacer revelaciones sensacionalistas. Describe las cosas tal como las veas, sean buenas o malas; alaba o culpa como creas que es justo, y cuenta la verdad todo el tiempo. Tengo miedo de esa permanente sonrisa tuya —dijo el editor.

—Ya no sonreiré más —contesté, y me fui para ejecutar mi delicada y, como luego descubrí, difícil misión.

Si conseguía entrar en el sanatorio, algo que no esperaba que ocurriese, pensaba que mis experiencias no se basarían en otra cosa que en un simple relato de la vida en tal institución. Lo que ni me imaginaba era que esa institución pudiese estar gestionada de forma tan pésima y que existiesen

tales crueldades bajo su techo. Siempre había deseado conocer la vida en los sanatorios mentales de manera más profunda. Tenía ganas de comprobar que las criaturas más indefensas de Dios, los dementes, eran cuidados de forma profesional y cariñosa. Consideraba que las abundantes historias que había leído sobre abusos en tales instituciones no eran otra cosa que exageraciones o incluso fantasías. Pero habitaba en mí el deseo latente de comprobarlo personalmente.

Temblaba sólo de pensar cómo los enfermos mentales se encontraban en manos de sus guardianes. Cómo podían llorar y rogar por su liberación de forma inútil si los encargados de su custodia se negaban a ello. Acepté la misión de buena gana, pues así podría conocer el funcionamiento interno del manicomio de la isla de Blackwell.

—¿Cómo me sacarán una vez que haya entrado? —pregunté a mi editor.

—No lo sé —contestó—, pero te sacaremos aunque tengamos que contar quién eres y que fingiste estar loca con el propósito de poder entrar.

No tenía mucha confianza en mi capacidad para engañar a los médicos, y creo que mi editor aún confiaba menos.

Dejaron que yo planeara todos los pasos previos a mi traumática experiencia. Sólo se decidió una cosa, a saber, que debía adoptar el pseudónimo de Nellie Brown, cuyas iniciales, bordadas en mi ropa interior, coincidían con las de mi nombre real, de modo que no fuese difícil seguir mis movimientos y ayudarme a escapar de cualquier dificultad o peligro con los que me pudiese topar. Había formas de entrar en el centro de dementes, pero no las conocía. Podía elegir entre dos estrategias: fingir locura en casa de algunos amigos y hacer que me encerrasen tras la decisión de dos competentes doctores, o bien alcanzar mi objetivo por medio de los juzgados de delitos menores.

Tras reflexionar sobre ello creí que era más sabio no hacer sufrir a mis amigos ni hacer que ningún buen doctor me asistiese en mi propósito. Además, para entrar en la isla de Blackwell mis amigos tendrían que simular ser pobres y, desafortunadamente, excepto yo misma, ninguna de las personas que conocía formaba parte de la clase más deprimida, esos que desesperan. De modo que decidí seguir el otro plan, y gracias a él pude completar con éxito mi misión. Conseguí que me internaran en el centro

para enfermos mentales de la isla de Blackwell, donde pasé diez días y diez noches y experimenté cosas que nunca olvidaré. Me propuse interpretar el papel de una pobre y desafortunada chica que sufre de locura, y decidí no eludir ninguna de las desagradables consecuencias que aquello me acarrearía. Me convertí, durante diez días, en alumna de todos los locos de la ciudad. Viví muchas experiencias; pude ver y escuchar el trato que se les da a las personas más indefensas de nuestra sociedad. Cuando había visto y oído lo suficiente me liberaron de inmediato. Dejé el centro de dementes con placer y alivio culpables por poder volver a disfrutar del aire puro del cielo. Me sentía culpable porque no pude llevarme conmigo a algunas de aquellas desafortunadas mujeres que vivieron y sufrieron junto a mí, y que —estoy convencida— estaban tan cuerdas como yo.

Permítanme que diga una cosa: desde que entré en el centro para enfermos mentales de la isla no intenté seguir con el falso personaje de loca, sino que hablé y actué como lo hago en la vida real. Y, aunque suene extraño, cuanto más sensatamente hablaba y actuaba, más loca me consideraban todos, excepto uno de los médicos, cuya amabilidad y dulzura no olvidaré en mucho tiempo.

Capítulo II

Preparándome para la aventura

Pero volvamos a mi misión. Tras recibir las instrucciones, me marché a mi pensión, y al caer la tarde comencé a practicar el papel con el que debutaría al día siguiente. Pensé que era una tarea muy difícil presentarse ante un grupo de personas y convencerlas de que estaba loca. Nunca antes había estado cerca de enfermos mentales, y no tenía la más ligera idea de cómo se comportaban. Además tenía que ser examinada por una serie de doctores especializados en desórdenes mentales que diariamente están en contacto con dementes. ¿Cómo esperaba engañar a estos doctores y convencerlos de que estaba loca? Temía que no pudiesen ser engañados. Comencé a pensar que mi tarea era imposible; pero debía llevarla a cabo. De modo que me planté ante el espejo y examiné mi rostro. Recordé todo lo que había leído sobre la apariencia que tienen los lunáticos. En primer lugar, tienen la mirada muy fija, de modo que abrí los ojos y empecé a mirarme en el espejo sin pestañear. Les puedo asegurar que lo que vi no resultó muy alentador, ni siquiera para mí, especialmente en mitad de la noche. Subí la luz de gas con la esperanza de que me infundiera valor. Tuve éxito sólo en parte, pero me consolé pensando que en unas cuantas noches no estaría allí, sino encerrada en una celda con un montón de chifladas.

No hacía frío, pero cuando pensaba en lo que me esperaba me recorrían la espalda escalofríos invernales. Parodias del sudor que, lento pero seguro, me resbalaba por la curva de la frente. Cuando no practicaba ante el espejo o pensaba en mi vida futura en el manicomio, leía historias de fantasmas imposibles e improbables, de modo que cuando se extinguió la noche y llegó el amanecer me encontraba en estado óptimo para comenzar mi misión. A pesar de todo, no me faltó el apetito y me dispuse a desayunar. Lenta y penosamente tomé mi baño matinal y en silencio me despedí de algunos de los artículos más preciosos que ha conocido la civilización moderna. Con ternura aparté el cepillo de dientes y, con un último restregón

de jabón, murmuré: «Puede que sea por unos días, puede que sea por más tiempo». Después me puse algunas ropas desgastadas que había seleccionado para la ocasión. Estaba determinada a pensar en todo muy seriamente. Pensé que merecía la pena echar una última «mirada cariñosa», porque ¿quién podía asegurarme que el esfuerzo de parecer loca, así como el estar encerrada con enfermos mentales, no iba a retorcer mi mente de tal modo que nunca más pudiese salir? Pero ni en un solo momento pensé en abandonar mi tarea. Con calma, externa al menos, comencé aquella extraña misión.

Al principio consideré que lo mejor era ir a una pensión y, tras asegurarme una cama, contarle en confidencia a la casera, o al casero, fuese quien fuese, que estaba buscando trabajo, y pocos días después sufrir un acceso de aparente locura. Cuando reconsideré la idea temí que tardase demasiado en madurar. De repente se me ocurrió que era mucho más fácil ir a una pensión para mujeres trabajadoras. Sabía que si conseguía que me creyeran loca en un hogar para mujeres, no iban a descansar hasta deshacerse de mí.

De un directorio seleccioné el Hogar Temporal para Mujeres, en el número 84 de la Segunda Avenida. Al caminar por la avenida, tome la decisión de que, una vez dentro, iba a hacer todo lo posible por comenzar de inmediato mi odisea hacia el manicomio de la isla de Blackwell.

Capítulo III

En el hogar temporal

De modo que estaba a punto de comenzar mi carrera como Nellie Brown, la chica loca. Por la avenida intenté adoptar el aspecto de esas damas que aparecen en los cuadros titulados *Sueños*, pues las expresiones «de lejanía» tienen un aire demente. Pasé por el pequeño patio pavimentado hasta la entrada del Hogar. Tiré de la campanilla y sonó a campana de iglesia. Esperé nerviosa a que se abriera la puerta de aquella casa que pronto me iba a arrojar a la caridad de la policía. La puerta se abrió de repente como en venganza, y una chica rubia de pelo corto con unos trece veranos se plantó ante mí.

—¿Está la dueña? —pregunté casi sin voz.

—Sí, está ocupada. Vaya a la sala trasera —contestó la chica con fuerza sin que su rostro, peculiarmente maduro, sufriera ningún cambio.

Seguí aquellas instrucciones ni educadas ni amistosas y me encontré en un incómodo y oscuro salón. Allí aguardé la llegada de mi anfitriona. Llevaba sentada al menos veinte minutos cuando una mujer delgada, envuelta en un vestido sencillo y oscuro, entró, y deteniéndose frente a mí me espetó:

—¿Y bien?

—¿Es usted la dueña? —pregunté.

—No —contestó—, la dueña está enferma. Soy su ayudante. ¿Qué quieres?

—Querría quedarme unos cuantos días, si puede acomodarme.

—Bueno, no tengo habitaciones individuales, estamos hasta arriba; pero si no te importa ocupar una habitación con otra chica, podré buscarte un hueco.

—Muchísimas gracias —contesté—. ¿Cuánto cuesta?

Había traído conmigo tan sólo setenta centavos, pues sabía muy bien que cuanto antes se agotaran mis ahorros antes me echarían a la calle, y eso

era precisamente lo que buscaba.

—Cuesta treinta centavos la noche —fue su respuesta.

Le pagué por una noche y se marchó con la excusa de que tenía asuntos que atender. Una vez dejada a mi propio cuidado, investigué un poco el lugar.

Lo que vi no era muy alegre, por decir algo. Un armario, un escritorio, una estantería, un órgano y varias sillas completaban los muebles de la habitación en la que apenas entraba la luz del sol.

Para cuando me hube acostumbrado a aquella sala, una campana, que rivalizaba en estruendo con la de la entrada, comenzó a repicar en el sótano, y de manera simultánea bajaron en tromba mujeres de todas partes de la casa. Imaginé, por aquellos signos tan evidentes, que la cena estaba servida, pero como nadie me había dicho nada no hice ningún esfuerzo por unirme al hambriento tren. Aunque estaba deseando que alguien me invitara. Siempre se siente soledad y morriña cuando, a pesar de no tener hambre, sabes que otros están comiendo y tú no puedes. Me alegré cuando la ayudante de la dueña subió a preguntarme si no quería comer algo. Respondí que sí y le pregunté cómo se llamaba. Me dijo que era la señora Stanard e inmediatamente lo escribí en la libreta, que había llenado de sinsentidos destinados a los inquisitivos doctores, con el propósito de no olvidarlo. Así equipada, aguardaba el desarrollo de los acontecimientos.

Pero volvamos a mi almuerzo. Seguí a la señora Stanard por las escaleras desnudas hasta el sótano, donde estaba comiendo un numeroso grupo de mujeres. Me encontró sitio en una mesa junto a otras tres mujeres. La sirvienta de pelo corto que había abierto la puerta hacía ahora de camarera.

—¿Añojo hervido, ternera hervida, judías, patatas, café o té? —me dijo con los brazos en jarra mientras me clavaba la mirada avergonzada.

—Ternera, patatas, café y pan —contesté.

—El pan está incluido —explicó mientras se volvía a la cocina, que estaba en la parte trasera.

No tardó mucho en volver con mi pedido sobre una bandeja abollada que dejó caer ante mí. Comencé a comer aquella sencilla comida. No era muy tentadora, de modo que mientras simulaba comer observé a las demás.

A menudo he sermoneado sobre las formas repulsivas que siempre asume la caridad. Aquel era un hogar para mujeres que necesitaban ayuda, pero qué burla suponía aquel nombre. El suelo estaba desnudo, y las pequeñas mesas de madera ignoraban de forma sublime embellecedores modernos tales como el barniz, el pulimento y los manteles. Para qué hablar de lo barato que es el lino y de su efecto sobre la civilización. Y a pesar de todo, estas honestas trabajadoras, las mujeres que más lo necesitan, se ven forzadas a llamar a este lugar de desnudez «hogar».

Cuando acabó la comida, cada mujer fue hasta la mesa colocada en una esquina del sótano en la que se hallaba la señora Stanard y pagó su cuenta. Mi camarera, un original ejemplo de humanidad, me dio un manoseado y maltrecho cheque rojo. Mi factura ascendía a unos treinta centavos.

Tras el almuerzo me fui al piso de arriba y recobré mi antigua posición en el salón trasero. Tenía frío y estaba incómoda, y había decidido que no soportaría aquello mucho más, de modo que cuanto antes fingiera mi locura antes sería liberada de aquella ociosidad forzada. ¡Ah!, aquel fue el día más largo de mi vida. Con desgana observé a las mujeres en el salón de delante, donde todas se sentaban menos yo.

Una no hacía otra cosa que leer, rascarse la cabeza y gritar de vez en cuando «Georgie» sin alzar la mirada del libro. «Georgie» era su hiperactivo hijo, que armaba más jaleo que ningún niño que hubiese visto antes. Era grosero y maleducado y la madre no decía una palabra a menos que no oyese a alguien quejarse. Otra mujer se dormía continuamente para a continuación despertarse sorprendida por sus propios ronquidos. Con malicia, me alegré de que sólo ella se despertara. La mayoría de las mujeres estaban sentadas sin hacer nada, pero había unas cuantas que cosían y bordaban sin parar. La enorme campana de la puerta sonaba todo el tiempo. La chica de pelo corto, que era de esas que consiguen martirizar a todo el mundo cantando canciones e himnos que han sido compuestos en los últimos cincuenta años, acudía sin falta a la puerta. El repique de la campana anunciaba a más mujeres que buscaban cobijo aquella noche. Salvo una mujer que era del campo y estaba de compras en la ciudad, todas eran mujeres trabajadoras, algunas con hijos.

Al acercarse la noche, la señora Stanard vino hacia mí y me dijo:

—¿Qué le ocurre? ¿Tiene algún pesar o algún problema?

—No —contesté con sorpresa ante aquella sugerencia—. ¿Por qué?

—Oh, porque puedo verlo en su rostro —dijo con aire femenino—. Refleja un grave problema.

—Sí, todo es tan triste... —dije caprichosamente intentando reflejar mi locura.

—Eso no debe preocuparte. Todos tenemos problemas, pero con el tiempo los superamos. ¿Qué tipo de trabajo buscas?

—No lo sé, todo es tan triste... —contesté.

—¿Te gustaría ser niñera y llevar una bonita cofia y un delantal? —me propuso.

Me llevé el pañuelo a la cara para esconder una sonrisa y contesté en un tono muy bajo.

—Nunca he trabajado, no sé hacerlo.

—Pues debes aprender —me regañó—. Todas estas mujeres trabajan.

—Ah, ¿sí? —dije en un susurro espeluznante—. A mí me parecen horribles; parece que están locas. Les tengo miedo.

—No tienen muy buen aspecto —contestó asintiendo—, pero son mujeres buenas y trabajadoras. Aquí no alojamos a locas.

De nuevo usé el pañuelo para esconder una sonrisa, pues pensé: «Antes de que llegue la mañana usted pensará que al menos tiene una loca en su rebaño».

—Parecen locas —dije de nuevo—, y les tengo miedo. Hay tantos locos por ahí, nunca se sabe qué van a hacer. Se cometen muchos asesinatos, y la policía nunca atrapa a los asesinos —y acabé con un sollozo que hubiese despertado a un grupo de aburridos críticos.

Dio un respingo repentino y supe que mi primer golpe había dado en el blanco. Fue divertido ver lo poco que tardó en levantarse de la silla y susurrar apresurada:

—Volveré a hablar contigo en un instante.

Supe que no volvería, y así fue.

Cuando sonó de nuevo la gran campana bajé con las demás al sótano y compartí una cena muy similar al almuerzo, excepto en que las porciones eran menores y había más gente comiendo, pues ya habían vuelto las

mujeres que trabajaban fuera durante el día. Tras la cena todas volvimos a los salones, donde unas se sentaron y otras, como no había asientos para todas, se quedaron de pie.

La tarde fue de una desdichada soledad, y la luz que caía de la única lámpara de gas que había en el salón nos envolvía con un color mortecino y teñía nuestros espíritus de azul marino. Sentí que no harían falta muchas inmersiones en aquella atmósfera para convertirme en un sujeto digno de ocupar el estado al que intentaba llegar.

Vi a dos mujeres que parecían ser las más sociables de todo el grupo, y decidí que ellas me asegurarían mi salvación, o, mejor dicho, mi condenación y encerramiento. Me excusé y les dije que me sentía sola y que si podía disfrutar de su compañía. Consintieron gentilmente, de modo que con el sombrero y los guantes puestos, pues nadie me había pedido que me los quitara, me senté y escuché la aburrida conversación que mantenían. No tomé parte en ella, sino que mantuve una expresión triste y sólo contestaba «sí», «no» o «no sabría decirlo» a sus observaciones. Varias veces les dije que pensaba que todo el mundo en la casa parecía estar loco, pero tardaron mucho en comprender mi original comentario. Una dijo que la llamaban señora King, y que era del sur. Entonces señaló que yo tenía acento sureño. Me preguntó sin rodeos si venía de allí. Contesté que sí. La otra mujer se puso a hablar de los barcos que salían hacia Boston y me preguntó si sabía a qué hora partían.

Por un instante olvidé mi papel, mi locura impostada, y le dije la hora exacta de partida. Entonces me preguntó qué trabajo iba a realizar o si alguna vez había trabajado. Contesté que me parecía triste que hubiese tanta gente trabajando en el mundo. Ella dijo que había sido muy desgraciada y que por eso vino a Nueva York, donde había trabajado corrigiendo pruebas en un diccionario médico por un tiempo, pero que la salud le había fallado debido al esfuerzo, y que ahora iba a volver a Boston. Cuando la doncella vino a decirnos que nos fuéramos a dormir expresé que tenía miedo, y de nuevo afirmé que todas las mujeres que había en la casa parecían estar locas. La enfermera insistió en que me fuera a la cama. Pregunté si no podía sentarme en las escaleras, pero ella dijo con decisión: «No, pues todo el

mundo creería que estás loca». Finalmente permití que me condujeran a mi cuarto.

Aquí debo presentar un nuevo personaje en mi narración. Se trata de la mujer que había sido correctora y que estaba a punto de volver a Boston: la señora Caine, tan valiente como bonachona. Vino a mi cuarto, se sentó y charló conmigo un buen rato acariciándome el pelo con cariño. Intentó convencerme para que me desvistiera y me metiera en la cama, pero yo me negué tozudamente. Durante aquel rato, se habían reunido un buen número de habitantes de la casa a nuestro alrededor. Se expresaban de formas variadas. «¡Pobre loca!», decían. «¡Está como una cabra!». «Me da miedo quedarme con esta chiflada en la casa». «Nos asesinará a todas antes de que amanezca». Una mujer quería mandar a llamar a la policía para que me encerraran. Todas estaban realmente asustadas. Nadie quería hacerse responsable de mí, y la mujer que iba a compartir mi habitación dejó claro que no iba a quedarse con «esta lunática» ni por todo el dinero de los Vanderbilt. Fue entonces cuando la señora Caine dijo que se quedaría conmigo. Así que allí la dejaron. No se desvistió, sino que se tumbó en la cama vigilando mis movimientos. Intentó convencerme para que me tumbara, pero yo me negaba, pues sabía que si me recostaba me dormiría tan dulce y placenteramente como un bebé. Para usar una expresión de la calle, temía que se me viera el plumero. De modo que insistí en quedarme sentada en el borde de la cama mirando con expresión absorta la habitación. Mi pobre compañera estaba en un desgraciado estado de infelicidad y a cada rato se incorporaba para mirarme. Me dijo que me brillaban los ojos muchísimo y después comenzó a hacerme preguntas como dónde había vivido, cuánto tiempo había estado en Nueva York, qué había estado haciendo, y otras muchas cosas. Para todas sus preguntas sólo tenía una respuesta: lo había olvidado todo, y desde que me entró el dolor de cabeza no podía recordar nada.

¡Pobre mujer! ¡De qué manera tan cruel la torturé y qué corazón tan caritativo tenía! ¡Cómo las torturé a todas! Tras estar más o menos una hora en la habitación, me sobresalté al oír que una mujer gritaba en la habitación contigua. Había soñado conmigo. Comencé a creer que de hecho estaba en un manicomio.

La señora Caine se despertó, miró alrededor asustada, y escuchó en silencio. Entonces salió y fue hasta la otra habitación. Oí que hacía preguntas a otra mujer. Cuando volvió me dijo que la mujer había tenido una horrible pesadilla en la que yo aparecía. Me había visto, dijo, corriendo hacia ella con un cuchillo en la mano con la intención de matarla. Al intentar escapar de mí había conseguido gritar, y así pudo despertarse y tranquilizarse. Entonces la señora Caine se acostó de nuevo, bastante agitada, pero con mucho sueño.

Yo también estaba cansada, pero me esforcé por cumplir mi trabajo. Estaba determinada a quedarme despierta toda la noche para así seguir con mi labor de suplantación hasta el amanecer. Oí que el reloj marcaba la medianoche. Aún quedaban seis horas para la llegada del día. El tiempo pasó con una lentitud exasperante. Los minutos parecían horas. Los ruidos de la casa y los de la avenida cesaron.

Temiendo que el sueño me atrapara entre sus garras, comencé a repasar mi vida. ¡Qué extraño parecía todo! Un incidente, por muy insignificante que sea, es un eslabón más que nos encadena a un destino inmutable. Comencé desde el principio, y reviví de nuevo la historia de mi vida. Recordé viejos amigos con un estremecimiento de placer, también viejas enemistades, desamores y alegrías que de nuevo me parecieron recientes. Las hojas ya escritas de mi vida se alzaron y el pasado se convirtió en presente.

Cuando acabé con mi pasado, comencé a pensar con gravedad en el futuro, preguntándome primero qué traería consigo el día siguiente, y después hice planes para completar mi proyecto. Me pregunté si sería capaz de cruzar el río que me separaba de mi extraña ambición. Si sería capaz de convertirme finalmente en una habitante de aquellos pabellones ocupados por mis hermanas de mentes enfermas. Y entonces, una vez dentro, ¿qué viviría? ¿Y después? ¿Cómo salir? «¡Bah!», me dije, «me sacarán».

Fue la mejor noche de mi existencia. Durante unas cuantas horas permanecí cara a cara con mi «ser».

Miré por la ventana y saludé con alegría el ligero brillo del amanecer. La luz se hizo fuerte y clara, pero el silencio era sobrecogedor. Mi compañera dormía. Aún tenía una o dos horas por delante.

Afortunadamente encontré en qué emplear mi mente. Robert Bruce había ganado confianza en el futuro durante su cautiverio, y pasó su tiempo de la forma más placentera que le permitieron las circunstancias, observando la famosa araña mientras tejía su tela. Yo no contaba con un insecto tan noble. Aunque sí creo que realicé algún descubrimiento de valor para la historia natural. Estaba a punto de caer dormida a pesar de mis esfuerzos cuando de repente me sobresalté. Creí oír algo que reptaba y caía sobre el alféizar con un golpe apenas audible.

Tuve la oportunidad de estudiar aquellos interesantes animales muy profundamente. Era evidente que habían acudido a desayunar, y se mostraron decepcionados al ver que su plato principal no estaba. Corretearon por la almohada, se reunieron, parecieron celebrar una reunión y actuaron en todo momento como si estuvieran desconcertados ante la ausencia de un apetitoso desayuno. Tras una reunión que se alargó bastante desaparecieron por fin buscando otras víctimas. Pasé muchos minutos estudiando las cucarachas, cuyo tamaño y agilidad de algún modo me sorprendieron.

Mi compañera de habitación había estado profundamente dormida durante todo el tiempo, pero ahora se despertó, y se sorprendió al verme aún en vela y aparentemente tan animada como un grillo. Se mostró tan comprensiva como antes. Se me acercó, me agarró las manos e intentó consolarme preguntándome si no quería irme a casa. Me retuvo en el cuarto hasta que casi todas habían salido. Entonces me llevó abajo para tomar café y un bollo, en silencio. Luego volví a la habitación, donde me senté con cara de deprimida. La señora Caine cada vez estaba más nerviosa.

—¿Qué vamos a hacer? —exclamaba una y otra vez—. ¿Dónde están tus amigos?

—No —contesté—. No tengo amigos, pero tengo algunos baúles. ¿Dónde están? Los quiero.

La buena mujer intentó tranquilizarme diciendo que los encontrarían a su debido tiempo. Creía que estaba loca.

A pesar de ello, la perdono. Tan sólo cuando uno se halla en dificultades comprende la poca comprensión y amabilidad que hay en el mundo. Aquellas mujeres del Hogar que no me tenían miedo intentaron divertirse a

mi costa, y me molestaron con preguntas y afirmaciones que, si hubiese estado loca, podrían haber resultado crueles e inhumanas. Sólo aquella mujer de entre todas, la hermosa y delicada señora Caine, mostró una verdadera humanidad. Ordenó a las otras que dejaran de molestarme y se trasladó a la cama de la mujer que se negaba a dormir conmigo. Protestó ante la sugerencia de dejarme sola y encerrarme toda la noche para que no le hiciera daño a nadie. Insistió en quedarse conmigo para ayudarme si lo necesitaba. Me peinó y me lavó la frente mientras me hablaba con calma como una madre a un hijo enfermo. Por todos los medios trató de que me acostara y descansara, y cuando se acercó la mañana se levantó y me envolvió en una manta por miedo a que cogiera frío. Entonces me besó en la frente y susurró llena de compasión:

—Pobre niña, pobre niña.

Cuánto admiré el valor y la dulzura de aquella mujer. Cuánto deseaba tranquilizarla y susurrarle que no estaba loca. Deseaba que si alguna pobre chica se hallaba en la situación tan desafortunada en la que yo simulaba estar, se topara con alguien que tuviese el mismo espíritu de bondad humana que la señora Ruth Caine.

Capítulo IV

El juez Duffy y la policía

Pero volvamos a mi historia. Seguí con mi papel hasta que la ayudante de la dueña, la señora Stanard, entró en la habitación e intentó persuadirme para que me calmara. Comprendí entonces que quería sacarme de la casa a toda costa y, a ser posible, sin armar un escándalo. No lo podía permitir. Me negué a moverme, y repetía una y otra vez que había perdido mis maletas. Finalmente alguien sugirió que llamaran a la policía. Pasaron unos minutos hasta que la señora Stanard se puso un sombrero y salió. Entonces supe que había comenzado mi camino hacia el manicomio. Volvió pronto, acompañada de dos policías, unos hombres grandes y fuertes que entraron en la habitación sin remilgos, esperando encontrarse con una persona violenta. Uno de ellos se llamaba Tom Bockert.

Cuando entraron simulé no verlos.

—Quiero que se la lleven sin armar jaleo —dijo la señora Stanard.

—Si no nos acompaña sin rechistar —respondió uno de ellos—, la arrastraré por la calle.

Aunque no les presté atención, sí quería evitar montar un escándalo en la calle. Afortunadamente, la señora Caine acudió en mi rescate. Le contó a los policías lo de mis gritos sobre los baúles perdidos, y juntos idearon un plan para conseguir que me fuese con ellos en paz. Me dirían que me iban a acompañar a buscar mis pertenencias. Me preguntaron si quería ir con ellos. Dije que tenía miedo de ir sola. La señora Stanard se ofreció a acompañarme, y dispuso el camino de manera que los dos policías nos siguiesen a una distancia respetuosa. Me ató el pañuelo, salimos de la casa por el sótano y cruzamos la ciudad. Los dos oficiales nos seguían a corta distancia. Caminamos muy en silencio hasta que llegamos a la comisaría. La buena mujer me aseguró que era la oficina de objetos perdidos y que allí encontraríamos sin duda mis efectos personales. Entré asustada y temblando, con razón.

Unos días antes había conocido al capitán McCullagh en una reunión en Cooper Union. En aquella ocasión me había proporcionado una información que yo le había pedido. Si estaba allí, ¿me reconocería? Si así era, el plan de entrar en la isla se iría al traste. Me calé el gorro de marinero todo lo que pude para ocultar mi rostro, y me preparé para el mal trago. Efectivamente allí estaba el recio capitán McCullagh, cerca del escritorio.

Me observó detenidamente mientras el oficial tras la mesa conversaba en voz baja con la señora Stanard y el policía.

—¿Es usted Nellie Brown? —preguntó el oficial.

Respondí que suponía que sí.

—¿De dónde viene? —preguntó.

Le dije que no lo sabía, y entonces la señora Stanard le dio mucha información sobre mí. También le relató lo extraño de mi comportamiento en la casa: que no había pegado ojo en toda la noche, y que en su opinión era una pobre desgraciada que se había vuelto loca debido a un trato inhumano. Se produjo una breve discusión entre la señora Stanard y los dos oficiales, y se le pidió a Tom Bockert que nos llevara en un coche hasta el juzgado.

—Vamos —dijo Bockert—. Encontraré tus maletas.

Fuimos todos juntos: la señora Stanard, Tom Bockert y yo misma. Dije que eran muy amables al acompañarme, y que no los olvidaría. Mientras caminábamos continué con mi estribillo sobre los baúles, intercalando de vez en cuando algunas apreciaciones sobre lo sucias que estaban las calles y el curioso carácter de las personas con las que nos cruzábamos.

—No creo haber visto a tales personas en mi vida —dije—. ¿Quiénes son?

Mis compañeros me miraron con cara de pena, creyendo evidentemente que era una forastera, una emigrante o algo similar. Me dijeron que aquellas personas eran trabajadores. Insistí una vez más en que, para lo que había que hacer, había demasiados trabajadores en el mundo. Entonces el agente P. T. Bockert me miró de cerca, pensando evidentemente que se me había ido la cabeza por completo. Nos cruzamos con algunos otros policías que por norma preguntaban a mis fornidos guardianes qué pasaba conmigo.

Para entonces un buen número de niños harapientos también nos seguía, y decían cosas sobre mí que me resultaban tan originales como divertidas.

—¿Qué se propone?

—Diga, poli, ¿adonde la llevan?

—¡Es una señorita!

La pobre señora Stanard estaba más asustada que yo. La situación se puso interesante, pero aún temía qué pasaría con el juez.

Por fin llegamos a un edificio bajo, y, amablemente, Tom Bockert me explicó la situación.

—Esta es la oficina de objetos perdidos. Pronto encontraremos tus maletas.

La entrada al edificio estaba rodeada por un grupo de curiosos, y no creí que mi caso fuese tan grave como para permitirme pasar por allí sin hacer algún comentario, de modo que pregunté si todas aquellas personas habían perdido sus maletas.

—Sí —dijo—, casi todas estas personas buscan sus maletas.

—Parecen extranjeros —observé.

—Sí —dijo Tom—, todos son extranjeros que acaban de llegar. Todos han perdido sus maletas, y nos pasamos casi todo el tiempo buscándolas.

Entramos en el edificio. Era el Juzgado de la Policía de Essex Market. Por fin se iba a resolver la cuestión sobre si estaba loca o cuerda. El juez Duffy estaba sentado tras un gran estrado con aspecto de vender amabilidad al por mayor. Casi temí no alcanzar la meta que buscaba debido a la bondad que apreció en cada línea de su rostro. Con el corazón apesadumbrado seguí a la señora Stanard hacia el estrado donde Tom Bockert ya había relatado los hechos.

—Ven aquí —dijo un oficial—. ¿Cómo te llamas?

—Nellie Brown —contesté con algo de acento—. He perdido mis maletas, ¿podría usted encontrarlas?

—¿Cuándo llegaste a Nueva York? —preguntó.

—No he venido a Nueva York —contesté (mientras añadía mentalmente: «porque llevo ya aquí algún tiempo»).

—Pero ahora estás en Nueva York —advirtió el hombre.

—No —contesté intentando parecer tan incrédula como lo estaría una persona loca—. No he venido a Nueva York.

—La chica es del oeste —observó en un tono que me hizo temblar—. Tiene acento del oeste.

Otra persona que había estado escuchando el breve diálogo afirmó que había vivido en el sur y que mi acento era sureño, mientras que otro policía estaba seguro de que era del este. Me sentí muy aliviada cuando el primero que había hablado se giró hacia el juez y dijo:

—Juez, aquí hay un caso peculiar de una joven que no sabe quién es o de dónde viene. Será mejor que se ocupe de ella de inmediato.

Comencé a temblar, y no por el frío. Miré al extraño grupo de personas que me rodeaba, compuesto por hombres y mujeres pobremente vestidos, en cuyos rostros se podían leer historias de penurias, de abusos y pobreza. Algunos hablaban ansiosamente con amigos, mientras que otros se sentaban muy quietos, con aspecto de total desesperanza. Por todos lados había agentes bien vestidos y bien alimentados que observaban la escena de forma pasiva, casi con indiferencia. Para ellos aquello era algo cotidiano. Otro desgraciado que añadir a la larga lista que hacía mucho que no les interesaba ni preocupaba.

—Joven, ven aquí y álzate el velo —dijo el juez Duffy en un tono de dureza que me sorprendió, pues no me lo esperaba de un rostro tan bondadoso.

—¿Con quién habla? —pregunté con mi pose más mayestática.

—Ven aquí, querida, y apártate el velo. ¿Sabes? Aunque estuviese aquí la reina de Inglaterra tendría que apartarse el velo —dijo con mucha amabilidad.

—Eso está mejor —contesté—. No soy la reina de Inglaterra, pero me apartaré el velo.

Al hacerlo el juez me observó y con voz muy amable y gentil añadió:

—Mi querida niña, ¿qué ocurre?

—No ocurre nada, sólo que he perdido las maletas, y este hombre —señalando al policía Bockert— me ha prometido que me va a llevar al lugar donde se encuentran.

—¿Qué sabe usted de esta chica? —le preguntó el juez con seriedad a la señora Stanard, que estaba pálida y temblorosa a mi lado.

—No sé nada de ella, excepto que vino al Hogar ayer y solicitó quedarse a dormir.

—¡El Hogar! ¿A qué se refiere con el Hogar? —preguntó enseguida el juez Duffy.

—Es un albergue temporal para mujeres trabajadoras en el número 84 de la Segunda Avenida.

—¿Qué hace usted allí?

—Soy la ayudante de la dueña.

—Bueno, cuéntenos todo lo que sepa del caso.

—Cuando yo ayer llegaba al Hogar la vi que bajaba por la avenida. Iba sola. Acababa yo de entrar cuando sonó la campana y ella entró. Hablamos y quiso saber si podía quedarse una noche. Le dije que sí. Tras un rato dijo que todas las personas de la casa parecían estar locas, y que tenía miedo de ellas. Se negó a acostarse y se quedó sentada durante toda la noche.

—¿Tenía dinero?

—Sí —contesté en su lugar—, se lo pagué todo, y la comida era la peor que he probado en mi vida.

Se produjo una risa general y se oyeron algunos murmullos.

—No está tan loca en lo que se refiere a la comida.

—Pobre niña —dijo el juez Duffy—. Va muy bien vestida y es una dama. Habla con perfecta corrección, y apostaría todo lo que tengo a que es una buena chica. Estoy seguro de que es el cariñito de alguien.

Todo el mundo se rió con aquellas palabras. Yo me puse el pañuelo sobre el rostro y luché por ahogar la carcajada que amenazaba con echar a perder mis planes a pesar de mi determinación.

—Me refiero a que es el cariñito de alguna mujer —corrigió a toda prisa el juez—. Estoy seguro de que la andan buscando. Pobre chica, seré bueno con ella, pues se parece a mi hermana fallecida.

Se produjo un silencio en la sala y los oficiales me miraron con más amabilidad. En mi interior bendije a aquel juez bondadoso, y deseé que a cualquier pobre criatura que estuviese afligida como yo simulaba estarlo le tocara tratar con un hombre tan compasivo como el juez Duffy.

—Ojalá estuviesen aquí los reporteros —dijo por fin—. Podrían encontrar alguna información sobre ella.

Sentí entonces un gran terror, pues si hay alguien que pueda destapar un misterio, ése es un reportero. Prefería enfrentarme a un batallón de expertos doctores, policías y detectives antes que a dos brillantes especímenes de mi profesión, de modo que dije:

—No veo en qué me ayuda todo esto si lo que quiero es encontrar mis maletas. Estos hombres son unos impúdicos y no quiero que me claven así sus miradas. Me marchó. No quiero quedarme aquí.

Diciendo esto, me tiré del velo y en secreto deseé que los reporteros estuvieran ocupados con alguna otra cosa hasta que me enviaran al manicomio.

—No sé qué hacer con esta pobre muchacha —dijo el preocupado juez—. Alguien debe cuidar de ella.

—Envíela a la isla —sugirió uno de los policías.

—¡Oh, no! —dijo la señora Stanard visiblemente alarmada—. ¡No! Es una dama y llevarla a aquella isla la mataría.

Por una vez me dieron ganas de arrearle a la buena mujer. ¡Y pensar que la isla era justo el lugar donde yo quería ir, y allí estaba ella, intentando evitar que fuera! Muy amable de su parte, pero bastante inapropiado dadas las circunstancias.

—Aquí hay algo que huele mal —dijo el juez—. Creo que esta chica ha sido drogada y traída a esta ciudad. Preparen los papeles, la enviaremos a Bellevue para que la examinen. Probablemente en unos días el efecto de la droga se le pase y pueda contarnos una sorprendente historia. ¡Si estuviesen aquí los reporteros!

Les temía mucho, de modo que dije algo acerca de que no quería quedarme allí mientras todos me miraban. El juez Duffy le dijo al policía Bockert que me llevara al despacho trasero. En cuanto nos sentamos llegó el juez Duffy y me preguntó si vivía en Cuba.

—Sí —contesté con una sonrisa—. ¿Cómo lo sabe?

—Simplemente lo sabía, querida. Ahora dime, ¿dónde? ¿En qué parte de Cuba?

—En la hacienda^[1] —contesté.

—Ah —dijo el juez—, en un rancho. ¿Recuerdas La Habana?

—Sí, señor^[2] —respondí—, está cerca de casa. ¿Cómo lo sabe?

—Oh, lo sé todo. A ver, ¿me vas a decir cómo se llama tu casa?

—Es eso lo que no recuerdo —contesté con tristeza—. Siempre tengo dolor de cabeza, lo que me hace olvidar cosas. No quiero que me causen problemas. Todo el mundo me hace preguntas, y mi cabeza empeora —lo cual era verdad.

—Bueno, ya nadie te molestará más. Siéntate y descansa un poco —y el gentil juez me dejó sola con la señora Stanard.

Justo entonces se acercó un oficial con un reportero. Estaba tan asustada y tan segura de que me reconocería que giré la cabeza y dije:

—No quiero ver a ningún reportero, no veré a nadie, el juez ha dicho que no se me moleste.

—Bueno, está claro que lo que dice no es ninguna locura —dijo el hombre que había traído al reportero, y juntos abandonaron la sala.

De nuevo sufrí un espasmo de terror. ¿Había ido demasiado lejos al negarme a ver al reportero dejando a las claras que estaba cuerda? Si había dado la impresión de estarlo, me propuse destrozarme tal impresión, de modo que di un salto y me puse a correr por toda la sala con la aterrorizada señora Stanard agarrada del brazo.

—No quiero quedarme aquí, ¡quiero mis maletas! ¿Por qué me molestan viendo a tantas personas?

Y así continué hasta que un cirujano de ambulancia llegó acompañado del juez.

Capítulo V

Declarada demente

—Esta es la pobre chica que ha sido drogada —explicó el juez—. Se parece a mi hermana, y se ve que es una buena chica. Estoy preocupado por ella, y la quiero ayudar como si fuese mi hija. Quiero que sea amable con ella.

Todo esto se lo decía al médico de la ambulancia.

Entonces, girándose hacia la señora Stanard, le preguntó si no podía tenerme unos días hasta que mi caso fuese investigado. Afortunadamente, dijo que no podía ser, pues todas las mujeres del Hogar me tenían miedo, y se marcharían si me alojaba allí. Temía que me aceptara si le pagaban dinero, así que dije algo sobre lo mala que era la comida y que no tenía intención de volver a aquella casa. Entonces fui examinada. El doctor parecía astuto y no tenía esperanzas de poder engañarlo, pero estaba resuelta a seguir con la farsa.

—Saca la lengua —me ordenó animado.

Por dentro me reí ante aquella orden.

—Saca la lengua cuando te lo ordeno —repitió.

—No quiero —contesté con toda sinceridad.

—Debes hacerlo. Estás enferma y yo soy médico.

—Ni estoy enferma ni nunca lo he estado. Tan sólo quiero mis maletas.

Aun así, saqué la lengua y la observó de manera sagaz. Entonces me tomó el pulso y me auscultó el pecho. No tenía ni la más remota idea de cómo latía el corazón de una persona demente, así que contuve el aliento con tanta fuerza mientras escuchaba que cuando se apartó tuve que jadear para recuperarlo. Entonces probó el efecto de la luz sobre mis pupilas. Me dijo que le mirara la mano, que sostenía a un centímetro de mi rostro; entonces, mientras la movía violentamente, me examinó los ojos. Estaba desconcertada, pues no sabía el aspecto que tenían los ojos de una loca. Decidí que lo mejor en aquellas circunstancias era clavar la mirada, y así lo

hice. Mantuve los ojos clavados en su mano, sin pestañear, y cuando la apartó hice un gran esfuerzo por seguir con ellos abiertos.

—¿Qué drogas has estado tomando? —me preguntó.

—¡Drogas! —repetí con extrañeza—. No sé lo que son las drogas.

—Sus pupilas han estado dilatadas desde que llegó al Hogar. No han cambiado en ningún momento —explicó la señora Stanard.

Me pregunté cómo sabía si habían cambiado o no, pero no dije nada.

—Creo que ha estado usando belladona —dijo el doctor.

Por primera vez en mi vida me alegré de ser corta de vista, pues por supuesto explica las pupilas dilatadas. Pensé que quizá era mejor ser sincera siempre que pudiese sin echar a perder mi caso, de modo que le dije que era corta de vista, que en absoluto estaba enferma y que nadie tenía derecho a detenerme cuando todo lo que quería era encontrar mis maletas e irme a mi casa. Escribió muchas cosas en una libreta larga y delgada, y entonces dijo que él me llevaría. El juez le ordenó que fuera amable conmigo, y que le dijese a la gente en el hospital que se portara bien y que hiciese todo lo que estuviera en su mano por mí. Si tuviésemos más hombres como el juez Duffy, los pobres desafortunados verían que la vida no es oscura por completo.

Comencé a tener más confianza en mis habilidades ahora que un juez, un doctor y un grupo de personas me habían considerado demente, y me coloqué el velo con orgullo cuando me dijeron que me montarían en un coche de caballos y me llevarían a casa.

—¡Estoy tan feliz de ir con usted! —dije con sinceridad.

Sí que estaba feliz. Una vez más, custodiada por el agente Bockert, atravesé la pequeña sala atestada de gente. Me sentí muy orgullosa de mí misma al salir por una puerta lateral que daba a un callejón donde la ambulancia esperaba. Cerca de la puerta cerrada con barrotes había un pequeño despacho, ocupado por varios hombres, abarrotado de grandes libros. Todos entramos, y cuando comenzaron a hacerme preguntas el doctor se interpuso y dijo que tenía todos los papeles, y que era inútil preguntarme nada, pues era incapaz de contestar. Fue un gran alivio, pues mis nervios ya acusaban la tensión. Un hombre de aspecto hosco quiso meterme en la ambulancia, pero deseché su ayuda de manera tan decidida

que el doctor y el policía lo retuvieron para que desistiera, y ellos mismos llevaron a cabo tan galante operación. No entré en la ambulancia sin protestar. Señalé que nunca antes había visto un carruaje como aquel, y que no quería ir en él, pero tras un rato les dejé convencerme, como había pretendido hacer desde el principio.

Nunca olvidaré aquel viaje. Tras ser tumbada sobre una manta amarilla, el doctor entró y se sentó cerca de la puerta. Las grandes puertas se abrieron de par en par, y el curioso grupo que se había reunido se apartó para que pasara la ambulancia marcha atrás. ¡Con qué ahínco intentaron ver a la chica supuestamente loca! El doctor observó que no me gustaba que me mirara la gente y, muy considerado, bajó las cortinas, tras preguntarme si así lo deseaba. Ni siquiera eso desalentó a la multitud. Los niños corrieron detrás de nosotros, gritando todo tipo de expresiones callejeras, e intentando echar un vistazo por debajo de las cortinas. Fue un paseo muy interesante, pero debo reconocer que extremadamente incómodo. Me agarraba a todo lo que podía mientras el conductor nos conducía como si temiese que alguien nos pudiera dar alcance.

Capítulo VI

En el hospital Bellevue

Por fin llegamos a Bellevue, la tercera parada en mi camino a la isla. Había pasado con éxito por los obstáculos del Hogar y del juzgado policial de Essex Market, y tenía confianza en mi triunfo. La ambulancia se detuvo con un tirón repentino y el doctor se bajó de un salto.

—¿Cuántos traes?, —oí que alguien preguntaba.

—Sólo una, para el centro —fue la respuesta.

Un hombre de aspecto recio avanzó y agarrándome intentó sacarme como si yo tuviera la fuerza de un elefante y me fuera a resistir. El doctor, al ver mi expresión de disgusto, le ordenó que me dejara en paz, y dijo que él se ocuparía de mí. Entonces me sacó con mucho cuidado y caminé con la gracia de una reina entre el gentío que se había reunido con ganas de ver a la nueva desgraciada. Junto al doctor entré en una pequeña y oscura oficina, donde había varios hombres. El que estaba detrás del escritorio abrió un libro y comenzó a recitar la larga lista de preguntas que ya me habían hecho tantas veces.

Me negué a contestar y el doctor le dijo que no era necesario molestarme más, ya que él tenía todos los papeles necesarios, y estaba yo demasiado enajenada como para contar algo que fuese significativo. Me sentí aliviada de que allí fuese todo tan fácil, ya que, aunque aún impávida, comenzaba a sentirme débil por la falta de comida. Se ordenó que me llevaran al centro de dementes, y un hombre musculoso avanzó y me agarró tan fuerte por el brazo que sentí el dolor recorrer todo mi cuerpo. Me puso furiosa, y por un instante olvidé mi personaje, me giré hacia él y le dije:

—¿Cómo se atreve a tocarme?

Entonces suavizó un poco su agarre y me libré de él con más fuerza de la que yo misma creía tener.

—No iré con nadie más que con este hombre —dije señalando al médico de la ambulancia—. El juez dijo que él cuidaría de mí, y no iré con

nadie más.

Entonces el médico dijo que se ocuparía de mí, y así nos marchamos, cogidos del brazo, siguiendo al señor que había sido tan rudo conmigo. Pasamos por un jardín muy bien cuidado, y finalmente llegamos al centro de dementes. Una enfermera con cofia blanca me recibió.

—Esta chica ha de esperar aquí hasta que llegue el barco —dijo el médico mientras se preparaba para marcharse.

Le supliqué que no se fuera, o que me llevara con él, pero dijo que primero quería cenar, y que le esperara allí. Tras insistir en acompañarle, afirmó que tenía que ayudar en una amputación, y que no estaría bien que yo estuviese presente. Era evidente que creía estar tratando con una persona demente. Justo entonces se oyeron unos gritos horribles y enajenados que procedían de un patio que había en la parte trasera. A pesar de mi valentía, sentí un escalofrío al pensar que iba a ser encerrada con una criatura que de verdad estaba loca. El doctor evidentemente notó mi nerviosismo, pues dijo al ayudante:

—Vaya ruido que hacen los carpinteros.

Se giró hacia mí y me explicó que estaban construyendo nuevos edificios, y que el ruido provenía de alguno de los obreros que estaban trabajando. Le dije que no quería quedarme allí sin él, y para tranquilizarme me dijo que volvería pronto. Me abandonó y por fin me vi siendo una ocupante de un manicomio.

Me quedé en la puerta y contemplé la escena ante mi. La gran sala sin alfombra había sido fregada hasta conseguir esa peculiar blancura que sólo se ve en las instituciones públicas. En la parte trasera de la habitación había grandes puertas de hierro con candados. Los únicos muebles que había eran unos bancos de aspecto tranquilo y unas sillas de sauce. A cada lado de la sala había puertas que daban a lo que supuse, y finalmente fueron, dormitorios. Cerca de la puerta de entrada, en la parte derecha, había un cuartito para las enfermeras, y en frente un salón donde estaba preparada la cena. Una enfermera vestida de negro, con un delantal blanco y armada con un manojo de llaves estaba a cargo de la sala. Pronto aprendí su nombre: señorita Ball.

Una vieja irlandesa se ocupaba de todas las tareas; oí que la llamaban Mary, y me alegra saber que hay una mujer con tan buen corazón en ese lugar. De ella recibí siempre amabilidad y gran consideración. Tan sólo había tres pacientes, que es como se les llama. Pensé que sería mejor comenzar a trabajar de inmediato, pues aún creía que el primer doctor que me viera me declararía cuerda y me enviaría de nuevo al ancho mundo. De modo que me fui hasta la parte trasera de la sala, me presenté a una de las mujeres y le hice preguntas. Dijo que se llamaba Anne Neville, y que se había puesto enferma de tanto trabajar. Había trabajado como criada, y cuando le falló la salud la enviaron a un hogar de monjas para que la trataran. Su sobrino, que era camarero, estaba sin trabajo, y al no poder pagar los gastos del hogar la habían transferido a Bellevue.

—¿Tienes también algún problema mental? —le pregunté.

—No —dijo—. Los médicos me han hecho muchas preguntas extrañas y me han intentado confundir todo lo que han podido, pero en mi cabeza no hay nada malo.

—¿Sabes que a este centro sólo envían a enfermos mentales? —le pregunté.

—Sí, lo sé. Pero no puedo hacer nada al respecto. Los médicos se niegan a escucharme, y es inútil decirles nada a las enfermeras.

Convencida por varias razones de que la señorita Neville estaba tan cuerda como yo, me centré en otra de las pacientes. Vi que necesitaba ayuda médica y que mentalmente era bastante débil, pero he visto a muchas mujeres en los estados más bajos de la vida cuya salud mental nunca habría sido cuestionada, y que no eran mucho más inteligentes que ésta.

La tercera paciente, la señora Fox, no hablaba mucho. Comencé entonces a sentirme más segura de mi posición, y determiné que ningún doctor me convencería de que estaba loca, siempre y cuando tuviese la esperanza de cumplir mi misión. Llegó una enfermera bajita y de complexión proporcionada, que tras ponerse la cofia dijo a la señorita Ball que fuese a cenar. Luego la nueva enfermera, la señorita Scott, vino hacia mí y me dijo de malos modos:

—Quítate el sombrero.

—No me lo voy a quitar —contesté—. Estoy esperando un barco y no me lo quitaré.

—Verás, no vas a subir en ningún barco. Mejor que lo sepas cuanto antes. Estás en un manicomio.

Aunque totalmente consciente de tal hecho, esas palabras tan directas me dejaron impresionada.

—Yo no quería venir aquí. No estoy enferma ni loca, y no me voy a quedar.

—Pasará mucho tiempo hasta que salgas si no haces lo que se te dice —contestó la señorita Scott—. Será mejor que te quites el sombrero o usaré la fuerza, y si yo no consigo hacerlo tocaré una campana y vendrán a ayudarme. ¿Te lo vas a quitar?

—No, no lo haré. Tengo frío y me lo quiero dejar puesto. No va a conseguir quitármelo.

—Te voy a dejar unos cuantos minutos, y si no te lo quitas usaré la fuerza, y te advierto que no será muy agradable.

—Si me quita usted el sombrero, yo le quitaré la cofia. Ahí queda eso.

En aquel momento llamaron a la señorita Scott para que acudiera a la puerta, y como temí que una demostración de temperamento podría ser vista como un comportamiento muy cuerdo, me quité el sombrero y los guantes y procuré estar sentada y muy tranquila, con los ojos clavados en el suelo, para cuando ella volviera. Estaba hambrienta, y me alegré al ver que Mary preparaba la cena. Todo era muy sencillo. Simplemente colocó un banco junto a una mesa sin vestir y ordenó a las pacientes que se reunieran para el banquete. Entonces trajo un pequeño plato de metal con un trozo de carne hervida y una patata. Si lo hubiesen cocinado la semana anterior, hubiese estado más caliente, y se ve que nunca había conocido la sal y la pimienta. No me levanté para ir a la mesa, de modo que Mary se acercó al rincón donde me sentaba y me preguntó alcanzándome el plato de metal:

—¿Tienes algunos peniques, querida?

—¿Qué? —dije sorprendida.

—¿Tienes algunos peniques para darme, querida? Te los van a quitar de todos modos, querida, así que muy bien podrías dármelos.

Ahora lo entendí, pero no tenía intención de pagar a Mary tan pronto, pues temía que pudiese tener influencia en su trato hacia mí, de modo que dije que había perdido el bolso, lo cual era cierto. Pero aunque no di dinero a Mary, ella no fue menos amable conmigo. Al poner peros al plato de metal en el que me había traído la comida, me lo cambió por uno de porcelana, y al serme imposible comer aquella comida, me trajo un vaso de leche y una galleta.

Todas las ventanas de la sala estaban abiertas, y el frío aire comenzó a hacer mella en mi sangre sureña. Tenía tanto frío que apenas podía soportarlo, y me quejé a las señoritas Scott y Ball. Me contestaron secamente que ya que estaba en un lugar de caridad no podía esperar mucho más. Todas las demás mujeres sufrían por el frío, y las propias enfermeras tenían que llevar ropas muy gruesas para mantenerse calientes. Pregunté si podía irme a la cama. «¡No!», me respondieron. Por fin, la señorita Scott agarró un viejo chal gris y, tras quitar algunas polillas que tenía, me lo echó por los hombros.

—Tiene muy mala pinta este chal —dije.

—Bueno, hay gente a la que le iría mejor si no fuese tan orgullosa —dijo la señorita Scott—. Los que viven de la caridad no deberían hacerse ilusiones, ni protestar.

De modo que me puse el chal comido de polillas, que olía a moho, y me senté en una silla maltrecha, preguntándome qué sería lo siguiente, si moriría congelada o sobreviviría. Tenía la nariz muy fría, de modo que me cubrí la cabeza. Estaba medio dormida cuando, de repente, me arrancaron el chal, y un extraño hombre, junto a la señorita Scott, se colocó frente a mí. El hombre resultó ser un médico, y su primer saludo fue:

—He visto esa cara antes.

—¿Me conoce, entonces? —le pregunté con gran demostración de una impaciencia que no sentía.

—Creo que sí. ¿De dónde vienes?

—De casa.

—¿Dónde está esa casa?

—¿No lo sabe? En Cuba.

Entonces se sentó a mi lado, me tomó el pulso y me examinó la lengua.
Dijo por último:

—Cuéntele a la señorita Scott algo sobre usted.

—No, eso no lo voy a hacer. Me niego a hablar con mujeres.

—¿Qué haces en Nueva York?

—Nada.

—¿Puedes trabajar?

—No, señor^[3].

—Dime, ¿eres una mujer de la calle?

—No le entiendo —contesté muy disgustada con él.

—Me refiero a que si has permitido que los hombres cuiden de ti y te mantengan.

Me dieron ganas de darle una bofetada, pero tenía que mantener la compostura, de modo que dije sin más:

—No sé de lo que habla. Siempre he vivido en casa.

Tras muchas más preguntas, igualmente inútiles e insensatas, se fue para hablar con la enfermera.

—Totalmente loca —dijo—. La considero un caso sin esperanza. Hay que llevarla a algún sitio para que cuiden de ella.

Y así pasé mi segundo reconocimiento médico.

Tras esto, comencé a tener menos respeto por la habilidad de los doctores, y un mayor respeto por mí misma. Ahora estaba segura de que ningún doctor era capaz de decidir si alguien estaba loco o no, siempre que el caso no fuese violento.

Por la tarde llegaron una mujer y un chico. La mujer se sentó en un banco, mientras que el chico entró a hablar con la señorita Scott. Al rato volvió y, diciendo adiós a la mujer, que era su madre, se marchó. No parecía estar loca, pero como era alemana no entendí su historia. Sin embargo, supe que se llamaba Louise Schanz. Parecía estar bastante perdida, pero cuando las enfermeras la pusieron a coser, hizo bien su trabajo y con rapidez. A las tres de la tarde, a todas las pacientes se les repartió un caldo de gachas, y a las cinco una taza de té y un trozo de pan. Yo salí favorecida, pues cuando vieron que me era imposible comerme el pan ni beberme el mejunje que

había sido honrado con el nombre de «té», me dieron una taza de leche y una galleta, lo mismo que había comido a mediodía.

Justo cuando comenzaron a encender las lámparas de gas, entró otra paciente. Era una chica joven, de veinticinco años. Me dijo que acababa de levantarse de la cama tras haber estado enferma. Su apariencia confirmaba el relato. Tenía el aspecto de alguien que hubiese sufrido un agudo ataque de fiebre.

—Ahora sufro de nervios débiles —me dijo—, y mis amigos me han enviado aquí para que me traten.

No le dije dónde se encontraba, y pareció bastante satisfecha. A las seis y cuarto la señorita Ball dijo que quería marcharse y que por tanto nos tendríamos que ir a la cama. Entonces, a cada una —ahora éramos seis— le fue asignada una habitación, y nos dijeron que nos desvistiéramos. Así lo hice, y me dieron un camisón corto de franela para dormir. Entonces recogió todas las prendas que yo había llevado durante el día, hizo con ellas un rebujo, les colocó una etiqueta donde ponía «Brown», y se las llevó. La ventana con barrotes de hierro estaba cerrada, y la señorita Ball, tras darme una manta extra, que, según dijo, era un favor que apenas se concedía, se marchó y me dejó sola. La cama no era cómoda. De hecho era tan dura que no la hundí lo más mínimo, y además la almohada estaba rellena de paja. Bajo la sábana había un hule extendido. Cuando apretó el frío por la noche, intenté calentar el hule, y así continué hasta que llegó el día, cuando aún seguía igual de frío que en el momento en que me acosté. Estaba tan helada como un iceberg, y ya lo dejé por cosa imposible.

Había esperado descansar un poco en aquella primera noche en el manicomio. Pero estaba condenada a una perpetua decepción. Cuando llegaron las enfermeras de la noche estaban ansiosas por verme y saber cómo era. Tan pronto como se fueron, alguien llegó a mi puerta preguntando por Nellie Brown, y comencé a temblar, temiendo siempre que mi salud mental fuese descubierta. Escuché la conversación y descubrí que era un reportero que me buscaba. Oí que preguntaba por mi ropa, pues quería examinarla. Escuché con bastante aprensión cómo hablaban de mí, y me alivió saber que se me consideraba loca sin remedio. Fue alentador. Después de que el reportero se fuera oí nuevas llegadas, y supe que había

llegado un doctor y que quería verme. Con qué propósito no lo sabía, e imaginé todo tipo de cosas terribles, tales como exámenes y demás. Cuando llegaron a mi habitación estaba temblando de miedo.

—Nellie Brown, hay aquí un doctor que desea hablar contigo —dijo la enfermera.

Si eso era todo lo que quería pensé que bien podría soportarlo. Me quité la manta con la que me había cubierto la cabeza debido al repentino terror y alcé los ojos. La visión era tranquilizadora.

Era un hombre joven y guapo, con aire y maneras de caballero. Algunas personas han censurado esta acción, pero estoy segura de que, aunque fuese un poco indiscreto, el joven doctor sólo pretendía ser amable. Avanzó, se sentó en mi lado de la cama y puso su brazo sobre mis hombros para tranquilizarme. Era una tarea horrible pretender estar loca ante aquel joven, y sólo una chica puede comprender la situación en la que me encontraba.

—¿Cómo te encuentras, Nellie? —preguntó.

—Oh, me siento estupenda.

—Pero ya sabes que estás enferma —dijo.

—¿Ah, sí? —exclamé; giré la cabeza sobre la almohada y sonreí.

—¿Cuándo saliste de Cuba, Nellie?

—Oh, ¿sabe dónde está mi casa? —pregunté.

—Sí, lo sé muy bien. ¿No me recuerdas? Yo sí te recuerdo.

—¿Ah, sí?

Y mentalmente me dije que si así fuera no lo habría olvidado. Estaba acompañado por un amigo que en ningún momento dijo nada, sino que se quedó mirándome mientras estaba tumbada en la cama. Tras muchas preguntas a las que contesté con sinceridad, se marchó. Entonces surgieron otros problemas. Durante toda la noche las enfermeras leyeron en voz alta, y sé que todas las pacientes, yo misma incluida, fueron incapaces de dormir. Cada hora u hora y media andaban con mucho escándalo por las salas, con los tacones de las botas resonando como en la marcha de soldados dragones, y echaban un vistazo a cada paciente. Por supuesto, aquello servía para mantenernos despiertos. Entonces, con la llegada del nuevo día, comenzaron a batir huevos para el desayuno, y el sonido me hizo darme cuenta de lo hambrienta que estaba. De vez en cuando se oían chillidos y

gritos que provenían de la sección masculina, lo que no ayudaba a que la noche transcurriera tranquilamente. Entonces se oyó la campana de la ambulancia, que traía a más desgraciados, y que sonó como una llamada a la vida y a la libertad. Así pasé mi primera noche como una chica loca en Bellevue.

Capítulo VII

La meta a la vista

A las seis en punto de la mañana del domingo 25 de septiembre, las enfermeras me arrancaron la colcha mientras dormía.

—Vamos, es hora de que te levantes —dijeron, y abrieron la ventana para que entrara la fría brisa.

Me devolvieron la ropa. Tras vestirme me llevaron a un lavabo donde las demás pacientes intentaban eliminar las marcas del sueño de sus rostros. A las siete en punto nos dieron una comida horrible que, según aseguró Mary, era caldo de pollo. El frío, que ya lo habíamos sufrido bastante el día anterior, era muy intenso, y cuando me quejé a la enfermera me explicó que una de las reglas de la institución era no encender la calefacción hasta octubre, de modo que nos teníamos que aguantar, pues los conductos de la calefacción aún no habían sido preparados. Las enfermeras del turno de noche, armadas con tijeras, comenzaron a practicar la manicura a las pacientes. Me cortaron las uñas a toda prisa, igual que hicieron con las demás. Poco después, un guapo y joven doctor apareció y fui conducida hasta la sala de estar.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—Nellie Moreno —contesté.

—Entonces, ¿por qué dijiste que te llamabas Brown? —preguntó—. ¿Qué es lo que te ocurre?

—Nada. No quería venir aquí. Fui traída a la fuerza. Quiero marcharme. ¿Me dejará irme?

—Si te saco afuera, ¿te quedarás conmigo? ¿No saldrás corriendo cuando estemos en la calle?

—No puedo prometerlo —contesté con una sonrisa y un suspiro debido a su atractivo.

Me hizo otras muchas preguntas. ¿Había visto alguna vez rostros en la pared? ¿Oía voces? Le contesté lo mejor que pude.

—¿Oyes de vez en cuando voces de noche? —me preguntó.

—Sí, hablan tanto que no puedo dormir.

—Lo que me imaginaba —dijo para sí.

Entonces, girándose hacia mí, me preguntó:

—¿Qué dicen esas voces?

—Bueno, no siempre les presto atención. Pero a veces, muy a menudo, hablan de Nellie Brown, y después de otros temas que no me interesan lo más mínimo —contesté con sinceridad.

—Suficiente —le dijo a la señorita Scott, que estaba justo afuera.

—¿Puedo marcharme? —pregunté.

—Sí —dijo con una risotada de satisfacción—. Pronto te dejaremos marchar.

—Aquí hace tanto frío, quiero salir —dije.

—Eso es verdad —le dijo a la señorita Scott—. El frío es casi insoportable aquí dentro, y tendrán casos de neumonía como no tengan cuidado.

Tras esta conversación me sacaron fuera y entró otra paciente. Me senté allí mismo y esperé para escuchar cómo comprobaba el doctor la cordura de las demás pacientes. Con pocas variaciones, el examen era exactamente igual al mío. A todas las pacientes se les preguntaba si veían caras en la pared, si oían voces, y qué decían. También debería añadir que cada paciente negaba esos extraños fenómenos de la vista y el oído. A las diez en punto nos dieron una taza de caldo de ternera sin sal, a mediodía un trozo de carne fría y una patata, a las tres en punto una taza de puré de avena, y a las cinco y media una taza de té y una rebanada de pan sin mantequilla. Todas estábamos heladas y muertas de hambre. Después de que se fuera el médico, nos dieron chales y nos dijeron que camináramos por los salones para calentarnos. Durante el día, el centro fue visitado por una serie de personas que sentían curiosidad por ver a la chica loca de Cuba. Mantuve la cabeza cubierta, bajo la excusa de que tenía frío, por miedo a que algunos de los reporteros me reconocieran. Algunos de los visitantes aparentemente buscaban a una chica desaparecida, pues en varias ocasiones me obligaron a quitarme el chal, y después de mirarme decían: «No la conozco», o «no es ella», mientras yo daba las gracias en secreto. El guardia O'Rourke vino a

verme, e intentó sus artes de reconocimiento. Después trajo sucesivamente a algunas mujeres bien vestidas y a algunos caballeros para que echaran un vistazo a la misteriosa Nellie Brown.

Los periodistas eran los más molestos. ¡Había tantos! Y todos eran tan listos e inteligentes que estaba aterrada por que pudieran ver que estaba cuerda. Fueron muy amables conmigo, y muy gentiles en sus preguntas. El que me había visitado la noche anterior fue hasta la ventana mientras algunos periodistas me interrogaban, y le dijo a la enfermera que les permitiera verme, pues podrían ser de ayuda a la hora de encontrar algunas pistas sobre mi identidad.

Por la tarde me examinó el doctor Field. Tan sólo me hizo algunas preguntas, una de las cuales no tenía nada que ver con el caso. Las preguntas principales eran sobre mi hogar y mis amigos, y si tenía amantes o había estado alguna vez casada. Entonces hizo que extendiera los brazos y moviese los dedos. Lo hizo sin vacilar en absoluto, a pesar de que le oí decir que mi caso no tenía remedio. A las otras pacientes les hizo las mismas preguntas.

Cuando el doctor estaba a punto de abandonar el centro, la señorita Tillie Mayard descubrió que estaba en un centro para dementes. Fue hasta el doctor Field y le preguntó por qué la habían enviado allí.

—¿Acaba de descubrir que se encuentra en un manicomio? —le preguntó el doctor.

—Sí, mis amigos me dijeron que me enviaban a un hospital para convalecientes, para que me trataran de mi debilidad nerviosa, de la que sufro desde mi enfermedad. Quiero irme inmediatamente de este lugar.

—Bueno, no saldrá muy pronto —dijo él con una sonrisa rápida.

—Si usted supiese algo en absoluto —contestó ella—, debería ser capaz de ver que estoy totalmente cuerda. ¿Por qué no me examina?

—Ya sabemos sobre usted todo lo que necesitamos saber —dijo el doctor dejando a la pobre chica condenada al manicomio, probablemente de por vida, sin la más mínima oportunidad de probar su salud mental.

La noche del domingo fue una repetición de la del sábado. Estuvimos despiertas toda la noche por la cháchara de las enfermeras y sus pesados pasos a través de las salas sin enmoquetar. Durante la mañana del lunes nos

comunicaron que nos llevarían fuera a la una y media. Las enfermeras me preguntaban sin cesar sobre mi casa, y todas parecían creer que tenía un amante que me había dejado sola y que me había enloquecido. La mañana trajo de nuevo muchos periodistas. Qué incansables son en sus esfuerzos por obtener alguna noticia. La señorita Scott se negó a que me vieran, algo que agradecí. Si les hubieran permitido visitarme con libertad, habría tardado poco en dejar de ser un misterio, pues muchos me conocían de vista. El guardia O'Rourke vino a visitarme una última vez y tuvo conmigo una breve conversación. Escribió su nombre en mi libreta, diciéndole a la enfermera que lo olvidaría todo en una hora. Sonreí y pensé que no estaba tan segura de ello. Llamaron a otras personas para que me vieran, pero ninguna me conocía, y no pudieron dar ninguna información sobre mí.

Llegó el mediodía. Me puse nerviosa, pues se acercaba el momento de partir hacia la isla. Me horrorizaba cada nueva llegada, pues temía que mi secreto pudiese quedar al descubierto en el último instante. Entonces me dieron un chal, mi sombrero y guantes. Apenas pude ponérmelos, pues tenía los nervios destrozados. Por fin llegó la asistente y me despedí de Mary mientras deslicé «unos peniques» en su mano.

—Que Dios te bendiga —dijo ella—. Rezaré por ti. Anímate, querida. Eres joven, y te repondrás.

Le dije que eso esperaba, y después me despedí de la señorita Scott en español. El asistente de aspecto rudo me envolvió con su brazo, y a medias me condujo, a medias me arrastró hasta la ambulancia. Un grupo de estudiantes se había reunido y me observaba con curiosidad. Me puse el chal sobre la cara y me hundí agradecida en la furgoneta. La señorita Neville, la señorita Mayard, la señora Fox y la señora Schanz fueron introducidas en el vehículo detrás de mí una a una. Un hombre se montó con nosotras, cerraron las puertas de la furgoneta, nos sacaron por la entrada con gran pompa hacia el manicomio y ¡victoria! Las pacientes no hicieron ningún intento de huida. El hedor del aliento del asistente masculino era suficientemente fuerte como para que la cabeza nos diera vueltas.

Cuando llegamos al muelle la ambulancia estaba rodeada por tanta gente que se llamó a la policía para que dispersara a esas personas y pudiéramos así llegar al barco. Yo era la última de la procesión. Me

acompañaron por la plataforma y la fresca brisa traía hasta mi olfato el aliento a *whisky* de los ayudantes, hasta hacer que me tambalease. Me metieron en una cabaña sucia donde se encontraban sentadas mis compañeras sobre un estrecho banco. Cerraron las pequeñas ventanas, y con el olor de la sucia habitación el aire era sofocante. En un extremo de la cabaña había un pequeño camastro en tan malas condiciones que tuve que taparme la nariz cuando me acerqué a él. Sobre el camastro colocaron a una chica enferma. Una vieja, con un enorme sombrero y una sucia cesta llena de mendrugos de pan y sobras de carne, completaba el grupo. La puerta estaba custodiada por dos asistentes. Una iba envuelta en un vestido hecho de terliz, mientras que la otra vestía intentando parecer elegante. Eran enormes y bastas, y expectoraban esputos de tabaco sobre el suelo de manera más diestra que encantadora. Una de aquellas temibles criaturas parecía tener gran fe en el poder de la mirada sobre las personas dementes, pues cuando cualquiera de nosotras se movía o iba a echar un vistazo por la alta ventana, siempre decía: «Siéntate», y bajaba las cejas clavando la mirada de manera aterradora. Mientras custodiaban la puerta hablaban con algunos hombres en el exterior. Charlaron sobre el número de pacientes y sobre sus propios asuntos de manera nada edificante ni refinada.

El barco se detuvo y sacaron a la vieja y a la chica enferma. A las demás nos dijeron que nos quedáramos sentadas. En la siguiente parada se llevaron a mis compañeras una a una. Yo fui la última, e hizo falta un hombre y una mujer para que me acompañaran por la pasarela hasta la orilla. Una ambulancia esperaba con otras cuatro pacientes.

—¿Qué es este lugar? —le pregunté al hombre que tenía los dedos hundidos en mi brazo.

—La isla de Blackwell, un lugar para locos del que nunca saldrás.

Y así, me metieron de un empujón en la ambulancia y el trampolín fue izado. En la parte de atrás se montaron un oficial y un cartero, y fui conducida a toda velocidad al manicomio de la Isla de Blackwell.

Capítulo VIII

Dentro del manicomio

Mientras la ambulancia rodaba rápidamente por las hermosas praderas hacia el manicomio, mis sentimientos de satisfacción por haber conseguido el objetivo de mi trabajo fueron extinguidos por las miradas de angustia en los rostros de mis compañeras. Las pobres mujeres no tenían esperanzas de salir pronto de donde las llevaban. Eran conducidas a una prisión, aunque no tuviesen culpa de nada, en la que estarían de por vida. En comparación, ¡qué fácil sería subir al cadalso en lugar de a aquella tumba de horrores! La ambulancia aceleró, y yo, igual que mis compañeras, lancé una última mirada con desesperación a la libertad justo a la vez que los primeros grandes edificios de piedra se hacían visibles. Pasamos por un edificio bajo, y el hedor era tan horrible que me vi obligada a contener la respiración. Mentalmente decidí que debía tratarse de la cocina. Más tarde supe que estaba en lo cierto, y sonreí ante el cartel que se hallaba al final del paseo: «No se admiten visitantes en esta carretera». No creo que el cartel fuese necesario si alguien se acercaba por allí, sobre todo en un día cálido.

La ambulancia se detuvo, y la enfermera y el oficial a cargo nos dijeron que saliéramos. La enfermera añadió:

—¡Gracias a Dios! Han venido calladas.

Obedecimos la orden de avanzar por unas estrechas escaleras de piedra, que evidentemente habían sido construidas para personas que suben los escalones de tres en tres. Me pregunté si mis compañeras sabían dónde estábamos, de modo que interrogué a la señorita Tillie Mayard:

—¿Dónde estamos?

—En el manicomio de la isla de Blackwell —contestó con tristeza.

—¿Está usted loca? —le pregunté.

—No, pero ya que nos han enviado aquí tendremos que estar calladas hasta que encontremos una forma de escapar. Habrá pocas, me temo, si

todos los médicos, como el doctor Field, se niegan a escucharme o no me dan una oportunidad para demostrar mi cordura.

Nos condujeron hasta un estrecho vestíbulo y cerraron la puerta una vez que estuvimos dentro.

A pesar de que sabía que estaba cuerda y segura de que me liberarían en unos cuantos días, el corazón se me encogió. ¡Declarada demente por cuatro expertos doctores y encerrada tras los inmisericordes barrotes de un manicomio! Y no me encerraban sola, sino que sería compañera, día y noche, de lunáticas charlatanas y desquiciadas; tenía que dormir con ellas. Sin duda, una situación desagradable. Seguimos a la enfermera tímidamente por la larga sala sin moqueta hasta una habitación llena de las, así llamadas, locas. Nos dijeron que nos sentáramos, y algunas de las pacientes nos hicieron sitio amablemente. Nos miraron con curiosidad, y una se me acercó y me preguntó:

—¿Quién le ha enviado aquí?

—Los doctores —contesté.

—¿Para qué? —insistió.

—Bueno, dicen que estoy loca —admití.

—¡Loca! —repitió con incredulidad—. Nadie lo diría viéndote la cara.

Concluí que aquella mujer era muy astuta, y me alegré de seguir las desconsideradas órdenes de la enfermera para ver al doctor. Esta enfermera, la señorita Grupe, tenía un bonito rostro alemán, y si no hubiera detectado ciertas arrugas alrededor de la boca habría esperado, como mis compañeras, recibir sólo bondad de su parte. Nos mandó a una pequeña sala de espera al fondo del pasillo, y nos dejó solas mientras ella se marchaba a una pequeña oficina que había en la recepción.

—Me gusta ir en ambulancia —le dijo a la persona invisible que había en el interior—. Hace que el día no sea tan monótono.

Él le dijo que el aire libre mejoraba su aspecto, y de nuevo se presentó ante nosotras sonriendo como una colegiala.

—Ven aquí, Tillie Mayard —dijo.

La señorita Mayard obedeció y, aunque no podía verla dentro de la oficina, pude oír cómo defendía su causa con delicadeza pero firmemente. Todas sus afirmaciones eran racionales, y pensé que ningún doctor podría

evitar verse impresionado por su historia. Habló de su reciente enfermedad y que sufría una depresión nerviosa. Suplicó que le hicieran todas las pruebas posibles para probar su lucidez, y que actuaran con ella con justicia. Pobre chica, ¡cómo sufría por ella! Fue entonces cuando decidí que intentaría por todos los medios que mi misión ayudase a todas mis sufridas hermanas; que demostraría cómo eran condenadas sin un juicio justo. Sin una palabra de simpatía o ánimo, fue traída de nuevo para que se sentara.

La señora Louise Schanz fue llevada ante el doctor Kinier, el médico.

—¿Tu nombre? —le preguntó en voz alta.

Ella contestó en alemán, diciendo que no hablaba nuestro idioma ni tampoco lo entendía. Sin embargo, cuando él dijo «señora Louise Schanz», ella contestó: «Ja, ja». Entonces probó con otras preguntas, y cuando vio que ella no entendía ni una palabra, le dijo a la señorita Grupe:

—Usted es alemana, háblele por mí.

La señorita Grupe demostró ser una de esas personas que sienten vergüenza de su nacionalidad, y se negó, diciendo que tan sólo entendía unas pocas palabras de su lengua materna.

—Usted sabe muy bien que habla alemán. Pregúntele a esta mujer a qué se dedica su marido —y ambos se rieron como si fuese un chiste.

—No hablo más que unas pocas palabras —protestó, pero por fin consiguió conocer a qué se dedicaba el señor Schanz.

—A ver, ¿para qué mentirme? —le preguntó el doctor, con una risa que destilaba grosería.

—No sé nada más —dijo ella, y así fue.

Y así la señora Louise Schanz fue confinada en el manicomio sin oportunidad de hacerse entender. ¿Se puede excusar tal falta de cuidado —me pregunto— cuando es tan fácil conseguir un intérprete? Si el confinamiento no durase más que unos días se podría cuestionar su necesidad, pero aquella era una mujer que había sido privada sin su consentimiento de libertad, llevada a un manicomio y sin disponer de una oportunidad para demostrar su salud mental. Había sido confinada —con toda probabilidad— de por vida a hallarse tras los barrotes de un manicomio, sin ni siquiera explicarle en su lengua por qué y para qué. Comparen esta situación con la de un criminal al que se le da la oportunidad

de probar su inocencia. ¿Quién no preferiría ser un asesino y asumir la posibilidad de la cadena perpetua antes que ser tildado de loco, sin esperanzas de escapar? La señora Schanz suplicó en alemán que le dijeran dónde estaba, y pidió que la liberaran. Su voz se rompía por los sollozos, y la dejaron entre nosotras sin ser escuchada.

Entonces le tocó a la señora Fox pasar el examen, tan débil e insignificante como era, y fue devuelta de la oficina condenada. Le tocó el turno a la señorita Annie Neville, y a mí, de nuevo, me tocó la última. Había decidido actuar igual que cuando era libre, excepto en que me negaría a decirles quién era o dónde estaba mi casa.

Capítulo IX

Un experto en acción

—Nellie Brown, el doctor quiere verte —dijo la señorita Grupe.

Entré y me dijeron que me sentara en frente del escritorio del doctor Kinier.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó sin levantar la mirada.

—Nellie Brown —contesté sin vacilar.

—¿Dónde vives? —me interrogó mientras escribía la respuesta anterior en un gran libro.

—En Cuba.

—¡Oh! —espetó comprendiendo de inmediato.

Se giró hacia la enfermera y dijo:

—¿Has leído sobre ella en los periódicos?

—Sí —contestó—. Leí una larga crónica sobre la chica el domingo, en el *Sun*.

Entonces dijo el doctor:

—Dejadla aquí mientras voy a la oficina y leo de nuevo la noticia.

Se fue y me quitaron el sombrero y el chal. A su vuelta dijo que había sido incapaz de encontrar el periódico, pero relató la historia de mi debut, según lo había leído, a la enfermera.

—¿De qué color tiene los ojos?

La señorita Grupe miró y contestó que grises, aunque todo el mundo siempre había dicho que los tenía marrones o color avellana.

—¿Qué edad tienes? —me preguntó.

—Hice diecinueve el pasado mes de mayo respondí.

Se giró hacia la enfermera y dijo:

—¿Cuándo tienes el siguiente pase?

Supuse que aquello quería decir «día libre» o «ausencia».

—El próximo sábado —dijo ella con una sonrisa.

—¿Irás a la ciudad?, —ambos se rieron y ella contestó afirmativamente.

Entonces dijo él:

—Mídela.

Me pusieron en un medidor, el cual me colocaron contra la cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó el doctor.

—Bien sabes que no sé medir.

—Claro que sabes. Vamos. ¿Altura?

—No lo sé, hay unos números, pero no sé leerlos.

—Claro que sabes. Mira y dímelo.

—No sé, hazlo tú mismo —y ambos se rieron de nuevo mientras el doctor abandonaba la mesa y avanzó para mirar por sí mismo.

—Cinco pies y cinco pulgadas, ¿no lo ves? —dijo cogiéndole la mano y tocando los números.

Por su voz supe que ella aún no lo entendía, pero no era asunto mío, ya que al doctor parecía gustarle servirle de ayuda. Entonces me pusieron en una balanza, y ella anduvo de acá para allá hasta conseguir que se equilibrara.

—¿Cuánto? —preguntó el doctor una vez estuvo de vuelta tras el escritorio.

—No lo sé. Tendrás que verlo por ti mismo —contestó ella, llamándolo por el nombre de pila, que he olvidado.

Él se giró y también dirigiéndose a ella por su nombre de pila le dijo:

—¡Te estás volviendo muy descarada! —Y ambos rieron.

Le dije entonces el peso —112 libras— a la enfermera, y ella a su vez se lo comunicó al doctor.

—¿A qué hora te toca cenar? —le preguntó.

Ella se lo dijo. Le prestó más atención a la enfermera que a mí, y por cada pregunta que me hizo a mí, le hizo seis a ella. Entonces escribió mi destino en el libro.

—No estoy enferma y no quiero quedarme aquí. Nadie tiene derecho a encerrarme de este modo —dije.

No prestó atención a mi afirmación, y una vez que acabó de escribir, así como de charlar con la enfermera, dijo que eso era todo, y volví a la sala junto a mis compañeras.

—¿Tocas el piano? —me preguntaron.

—Oh, sí, desde la infancia —contesté.

Entonces insistieron en que tocara, y me sentaron sobre una silla de madera frente a un anticuado piano de mesa. Toqué unas pocas notas, y la desafinada respuesta hizo que me recorriera un escalofrío.

—Qué horrible —exclamé girándome hacia una enferma, la señorita McCarten, que estaba junto a mí—. Nunca he tocado un piano tan desafinado.

—Es una pena —dijo con desprecio—. Tendremos que encargarnos de uno a tu medida.

Comencé a tocar variaciones de *home sweet home*. Las conversaciones se apagaron, y las pacientes se quedaron en silencio, mientras mis fríos dedos se movían lenta y rígidamente sobre el teclado. Acabé de modo aleatorio y me negué a acceder a las peticiones que se produjeron. Al no ver ningún asiento libre, me quedé en la silla frente al piano mientras «evaluaba» mi entorno.

Era una larga sala vacía, con unos bancos amarillos alrededor. Los bancos, que eran perfectamente rectos, e igualmente incómodos, daban asiento a cinco personas, aunque en casi todos había seis mujeres apretujadas. Las ventanas tenían barrotes y estaban a metro y medio del suelo, frente a las dos puertas dobles que daban acceso a la sala. Las paredes, blancas y desnudas, se veían algo aliviadas gracias a tres litografías, una de Fritz Emmet y las otras dos de juglares negros. En el centro de la habitación había una gran mesa cubierta por una colcha blanca, y alrededor de ella se sentaban las enfermeras. Todo estaba limpio como una patena, y pensé en lo bien que debían trabajar las enfermeras para conseguir que todo estuviese tan ordenado. Unos cuantos días más tarde reí ante mi propia estupidez por haber pensado que las enfermeras trabajaban. Cuando vieron que no iba a tocar más, la señorita McCarten vino hacia mí y dijo con aspereza:

—Fuera de ahí —y cerró el piano con un gran golpe.

—Brown, ven aquí —fue la siguiente orden que recibí de una mujer ruda de tez colorada que se encontraba en la mesa—. ¿Qué llevas puesto?

—Mi ropa —contesté.

Me alzó el vestido y las faldas y apuntó un par de zapatos, un par de medias, un vestido de paño, un sombrero de marinero hecho de paja, y todo lo demás.

Capítulo X

Mi primera cena

Cuando acabó el examen, oímos que alguien gritó:

—Salid al pasillo.

Una de las pacientes explicó amablemente que nos estaban llamando a cenar. Las que acabábamos de llegar nos manteníamos unidas, de modo que salimos al pasillo y nos quedamos en la puerta, donde todas se habían congregado. ¡Cómo temblábamos allí paradas! Las ventanas estaban abiertas y el seco viento pasó zumbando por el pasillo. Las pacientes parecían estar azules por el frío, y los minutos se alargaron hasta alcanzar un cuarto de hora. Por fin una de las enfermeras avanzó y abrió la puerta, por la que pasamos al zaguán de la escalera. Allí de nuevo nos detuvimos justo delante de una ventana abierta.

—Qué imprudencia por parte de las asistentes dejar a estas mujeres apenas vestidas de pie y con este frío —dijo la señorita Neville.

Miré a las pobres cautivas locas, que temblaban, y añadí de manera enfática:

—Es de una brutalidad horrible.

Mientras estuvimos allí pensé que aquella noche no disfrutaría de la cena. Parecían tan perdidas y desahuciadas... Algunas balbuceaban incoherencias con personas invisibles, otras reían o lloraban sin motivo, una anciana de pelo gris me daba codazos y, mientras me guiñaba el ojo, movía la cabeza con suficiencia y alzaba los ojos y las manos de manera lastimera. Me dije a mí misma que no echara cuenta de las pobres criaturas, pues todas estaban locas.

—Deteneos en la estufa —se nos ordenó entonces— o poneos en fila de a dos.

—Mary, busca una compañera.

—¿Cuántas veces he de decirte que no te salgas de la fila?

—Quieta.

Y junto con las órdenes administraban codazos y empujones, y a menudo guantazos tras los oídos. Tras esta tercera y última parada, nos hicieron caminar por un comedor largo y estrecho por el que todas corrieron buscando asiento.

La mesa ocupaba todo lo largo de la sala, y ofrecía una imagen poco acogedora, sin mantel. Había largos bancos sin respaldo para las pacientes, sobre los que tuvieron que arrastrarse para encarar la mesa. Muy juntas a lo largo de la mesa había grandes salseras que contenían una sustancia rosada que las pacientes llamaban té. Junto a cada cuenco había un trozo de pan, grueso y untado de mantequilla. Un pequeño platillo con cinco ciruelas pasas acompañaba el pan. Una mujer gorda se abalanzó, arrastró varios platillos de su alrededor y vació su contenido en el suyo. Entonces, mientras sostenía su propio tazón, alzó otro y vació el contenido de un trago. Lo mismo hizo con un segundo tazón en menos tiempo del que se tarda en contarlo. De hecho, estaba tan sorprendida ante sus exitosos ataques, que cuando miré a mi plato la mujer de enfrente, sin muchos remilgos, agarró mi pan y me dejó sin nada.

Otra paciente, al ver aquello, amablemente me ofreció el suyo, pero decliné su buena voluntad dándole las gracias, me giré hacia la enfermera y pedí otro. Mientras lanzaba una gruesa rebanada sobre la mesa dijo algo así como que había olvidado de dónde venía pero no de cómo comer. Probé el pan, pero la mantequilla era tan horrible que no podía tragarse. Una alemana de ojos azules que se hallaba al otro lado de la mesa me dijo que si quería podían darme pan sin mantequilla, y que muy pocas eran capaces de comerse la mantequilla. Giré mi atención hacia las ciruelas pasas y descubrí que pocas valían la pena. Una paciente que estaba cerca de mí me pidió que se las diera, y así lo hice. Sólo me quedaba el tazón de té. Lo probé, y con eso fue suficiente. No tenía azúcar y sabía como si estuviera hecho con cobre. Parecía agua. También transferí aquello a una hambrienta paciente, a pesar de las protestas de la señorita Neville.

—Debes forzarte a comer —dijo— o te pondrás enferma, y quién sabe, con lo que nos rodea podrías volverte loca. Tienes un cerebro del que el estómago ha de cuidar.

—Me es imposible comerme eso —contesté y, a pesar de su insistencia, no probé bocado aquella noche.

No llevó mucho tiempo a las pacientes consumir todo lo que era comestible en la mesa. Después nos ordenaron que nos pusiéramos en fila. Cuando cumplimos la orden, se abrieron las puertas y nos hicieron volver a la primera sala. Muchas de las pacientes estaban arremolinadas a nuestro alrededor, y de nuevo me pidieron que tocara, tanto ellas como las enfermeras. Para complacerlas prometí tocar, y la señorita Tillie Mayard cantaría. Lo primero que me pidió que tocara fue *rock-a-bye baby*, y así lo hice. Cantó de una manera maravillosa.

Capítulo XI

El baño

Tras unas cuantas canciones más nos dijeron que siguiéramos a la señorita Grupe. Nos metieron en un frío y húmedo cuarto de baño, y me ordenaron que me desnudara. ¿Protesté? Bueno, nunca me he puesto tan seria en mi vida como en ese momento, cuando intenté excusarme. Me dijeron que si no lo hacía usarían la fuerza, y que no serían muy delicadas. Justo entonces vi a una de las mujeres más locas del centro junto a una bañera llena de agua, con un trapo grande y descolorido entre las manos. Charlaba para sí misma y se reía de una manera que me parecía maligna. Ahora sabía lo que me iban a hacer. Temblé. Comenzaron a desvestirme, y una a una me quitaron todas las prendas que llevaba puestas. Me lo había quitado todo, excepto una prenda.

—No me la quitaré —dije con vehemencia, pero me la quitaron.

Miré al grupo de pacientes reunidas junto a la puerta, que contemplaban la escena, y salté a la bañera con más energía que elegancia.

El agua estaba fría como el hielo, y de nuevo comencé a protestar. ¡Qué inútil era todo! Supliqué que al menos se llevaran a las pacientes, pero me ordenaron que cerrara la boca. La mujer loca comenzó a fregarme. No puedo pensar en otra palabra que «restregar». De un pequeño barreño de latón cogió un poco de jabón blando y me lo restregó por todo el cuerpo, incluso por la cara y por mi precioso pelo. Para entonces ya no podía ni ver ni hablar, a pesar de que había suplicado que no me tocaran el pelo. La vieja no paraba de restregarme mientras farfullaba para sí misma. Me castañeteaban los dientes y mis brazos tenían la piel de gallina y estaban azules por el frío. De repente me echaron, uno tras otro, tres cubetazos de agua sobre la cabeza; agua fría como el hielo que me entró en los ojos, en los oídos, en la nariz y en la boca. Cuando me sacaron creo que experimenté algunas de las sensaciones que debe de sentir una persona que se hubiera estado ahogando, jadeante, tiritando y convulsionada por el baño. Por una vez, parecía estar loca. Vi la mirada indescifrable de los rostros de mis compañeras, que habían presenciado mi destino y que sabían que el suyo estaba a punto de llegar. Incapaz de controlarme ante el absurdo cuadro que mostraba, me puse a reír como una desesperada. Me colocaron, aún calada hasta los huesos, una enagua corta de franela que en un extremo tenía bordada en grandes letras:

«Manicomio, I.B., S.6»

Las iniciales significaban «Isla de Blackwell» y «Sala 6».

Para entonces habían desnudado a la señorita Mayard y, por mucho que odiase el baño, me habría dado otro si hubiera podido con ello salvarla de la experiencia. Imagínense meter a aquella muchacha enferma en un baño tan frío, que hizo que yo misma, que nunca había estado enferma, me mareara, como si tuviese fiebre. Oí que le explicaba a la señorita Grupe que aún le dolía la cabeza debido a la enfermedad. Llevaba el pelo corto y gran parte de este se le había caído, y pidió que la mujer loca la frotara con más delicadeza, pero la señorita Grupe dijo:

—No hay temor a que te haga daño. Cierra el pico o será peor.

La señorita Mayard se calló, y fue la última vez que la vi aquella noche.

Me llevaron a toda prisa a un dormitorio con seis camas, y me habían acostado cuando llegó alguien y me sacó de un tirón diciendo:

—Nellie Brown ha de ser llevada a un dormitorio para dormir sola, pues supongo que es muy ruidosa.

Me llevaron a la habitación 28, y allí me quedé intentando acomodarme en la cama. Una tarea imposible. El lecho estaba elevado en el centro y descendía a cada lado. Con el primer contacto mi cabeza mojó la almohada, y la húmeda enagua transfirió parte de su humedad a la sábana. Cuando vino la señorita Grupe le pregunté si me podían dar un camisón.

—No tenemos tales cosas en esta institución —respondió.

—No me gusta dormir sin uno —repuse.

—Y a mí qué me importa. Ahora estás en una institución pública, y será mejor que no esperes conseguir nada. Esto es caridad, y deberías estar agradecida por lo que tienes.

—Pero la ciudad paga para mantener estos lugares —defendí— y paga para que las personas sean amables con los desafortunados que vienen aquí.

—Será mejor que no esperes ninguna amabilidad, pues de eso aquí no hay —y con estas palabras se marchó cerrando la puerta.

Debajo de mi cuerpo había una sábana y un hule, y por encima una sábana y una manta de lana negra. Nunca he visto nada tan irritante como aquella manta de lana, que no me permitía taparme los hombros para evitar que entrara el frío. Cuando tiraba de ella me destapaba los pies, y cuando la

echaba hacia abajo mis hombros quedaban al aire. En la habitación no había nada más que la cama y yo misma. Como la puerta estaba cerrada con llave, imaginé que me dejarían tranquila toda la noche, pero oí el sonido de los pesados pasos de dos mujeres en la sala. Se detenían ante cada puerta, la abrían, y tras unos instantes volvían a cerrarla. Lo hacían sin la más mínima intención de ser silenciosas. Pasaron a todo lo largo del extremo opuesto de la sala y llegaron hasta mi habitación. Se detuvieron. Metieron la llave en la cerradura y la giraron. Vi que estaban a punto de entrar. Una vez dentro vi que llevaban vestidos a rayas blancas y marrones, con grandes botones de metal, grandes delantales blancos, un pesado cordón verde en la cintura, del que colgaba un manojito de grandes llaves, y con pequeñas cofias blancas sobre la cabeza. Al ir vestidas como las asistentes de día supe que eran enfermeras. La primera llevaba un candil, e iluminó mi rostro con su luz mientras le decía a su ayudante:

—Ésta es Nellie Brown.

Mirándola pregunté:

—¿Quién es usted?

—La enfermera de noche, querida —contestó, y tras desearme que durmiera bien salió y cerró la puerta.

Durante la noche vinieron varias veces a mi cuarto, y aunque hubiese podido dormir, sus pesados pasos, su estruendosa charla y la apertura de la pesada puerta me habrían despertado.

No pude dormir, de modo que me quedé en la cama imaginándome los horrores que se producirían en caso de que se declarara un incendio en el manicomio. Todas las puertas estaban cerradas y las ventanas tenían barrotes, de modo que la huida era imposible. Tan sólo en uno de los edificios había, creo que me advirtió el doctor Ingram, unas trescientas personas, que están encerradas, de una a diez pacientes, en distintas habitaciones. Es imposible salir a menos que se abran las puertas. Y de hecho no es imposible que se produzca un incendio, sino bastante probable. Si el edificio ardiera, las carceleras o enfermeras nunca pensarían en liberar a sus locas pacientes. Os puedo probar tal cosa más tarde, cuando cuente la manera tan cruel con la que trataban a las desgraciadas bajo su cuidado. Como digo, en caso de incendio, ni una decena de mujeres podría escapar.

Todas se abasarían hasta morir. Incluso si las enfermeras fuesen bondadosas, que no lo eran, se requeriría una presencia de ánimo mayor de la que tienen las mujeres de su clase para enfrentarse a las llamas y arriesgar sus vidas para abrir los cientos de puertas que encierran a las dementes prisioneras. A menos que no se establezca un cambio del sistema, algún día se producirá un desastre nunca antes visto.

Conectado con esta idea, tuvo lugar un interesante incidente justo antes de mi liberación. Hablaba con el doctor Ingram de muchas cosas, y por fin le conté lo que opinaba sobre si ocurría un incendio.

—Se espera que las enfermeras abran las puertas —dijo él.

—Pero usted sabe a ciencia cierta que no esperarían a hacer tal cosa, y que estas mujeres morirían quemadas.

Se quedó sentado en silencio, incapaz de contradecir mi afirmación.

—¿Por qué no hace que cambien el sistema? —le pregunté.

—¿Qué puedo hacer yo? —contestó—. Hago sugerencias hasta que se me secan las ideas, pero ¿qué diferencia hay? ¿Qué harías tú? —replicó girándose hacia mí, la supuesta chica que estaba loca.

—Bueno, insistiría en que pusiesen cerraduras, como he visto en otros lugares, que permitieran, al girar una manivela al final del pasillo, abrir o cerrar todas las puertas de ese lado. Entonces habría alguna probabilidad de escapar. Ahora mismo, teniendo cada puerta cerrada de manera individual, no hay ninguna posibilidad.

El doctor Ingram se giró hacia mí con una expresión de ansiedad en su amable rostro, y me preguntó lentamente:

—Nellie Brown, ¿en qué institución has estado internada antes de venir aquí?

—En ninguna. Nunca he estado confinada en ninguna institución en mi vida, excepto en el colegio.

—¿Dónde has visto entonces esas cerraduras que has descrito?

Las había visto en la Western Penitentiary de Pittsburgh, en Pensilvania, pero no me atrevía a decirlo. Simplemente contesté:

—Oh, las he visto en un lugar en el que estuve... de visita, me refiero.

—Sólo hay un lugar que conozca en el que tengan esas cerraduras —dijo con tristeza—, y ese lugar es *Sing Sing*^[4].

La deducción era definitiva. Me reí con todas mis ganas ante aquella acusación implícita, e intenté tranquilizarlo diciéndole que, hasta la fecha, nunca había estado en *Sing Sing*, ni siquiera de visita.

Justo cuando empezaba a amanecer, me dormí. No pareció pasar mucho rato hasta que fui despertada de manera brusca para que me levantara, abrieron la ventana y me arrancaron las sábanas. Aún tenía el pelo húmedo y me dolía todo el cuerpo, como si tuviese reuma. Tiraron algo de ropa al suelo y me dijeron que me la pusiera. Pedí que me diesen mi propia ropa, pero la que parecía ser la enfermera jefa, la señorita Grady, me dijo que tomase lo que me daban y que me callara. Miré lo que me ofrecían: una enagua de basta lana oscura y un barato vestido de calicó blanco con un punto negro. Até las cintas de la falda a mi alrededor y me puse el vestidito. Se componía, como todos los que llevaban las internas, de una cintura apretada y recta cosida a una falda también recta. Al abotonarme el talle noté que la enagua era quince centímetros más larga que la falda, y por un instante me senté en la cama y me reí de mi propia apariencia. Ninguna mujer ha deseado más un espejo que yo entonces.

Vi a las demás pacientes que iban a toda prisa por la sala, de modo que decidí no perderme nada de lo que estuviese ocurriendo. Éramos cuarenta y cinco internas en la sala 6, y nos enviaron al baño, donde sólo había dos toallas ásperas. Vi a algunas mujeres con erupciones peligrosas en la cara secarse con las toallas y después otras con la piel sana usarlas. Fui hasta la bañera y me lavé la cara en el grifo abierto, usando la enagua como toalla.

Antes de completar mis abluciones trajeron un banco al cuarto de baño. La señorita Grupe y la señorita McCarten llegaron con peines. Nos dijeron que nos sentáramos en el banco, y una paciente y dos enfermeras, con seis peines, acicalaron el pelo de cuarenta y cinco mujeres. Al ver las cabezas llagadas de varias mujeres pensé que aquella era otra prueba con la que no había contado. La señorita Tillie Mayard tenía su propio peine, pero se lo quitó la señorita Grady. ¡Oh, vaya manera de peinar! Nunca antes me había dado cuenta de lo que la expresión «saber lo que vale un peine» significaba realmente, pero entonces lo comprendí. Mi pelo, apelmazado y húmedo de la noche anterior, fue tironeado y sacudido y, tras protestar en vano, apreté los dientes y soporté el dolor. Se negaron a darme mis alfileres del pelo, y

me lo arreglaron dejándolo liso y atado con un trapo de algodón rojo. Mi flequillo rizado se negaba a irse hacia atrás, de modo que al menos eso quedó de mi antigua gloria.

Tras aquello fuimos a la sala de estar y busqué a mis compañeras. Al principio las busqué en vano, incapaz como era de distinguirlas de las otras pacientes, pero tras unos instantes reconocí a la señorita Mayard, gracias al pelo corto.

—¿Cómo dormiste después del baño helado?

—Casi me congelé, y el ruido hizo que no pegara ojo. ¡Es horrible! Tenía los nervios tan destrozados antes de entrar aquí que no creo que nunca pueda recuperarme.

Hice todo lo que pude por animarla. Pedí que nos proporcionaran más ropa, al menos la que la costumbre supone para las mujeres, pero me dijeron que me callara; que teníamos toda la que nos pretendían dar.

Nos obligaron a levantarnos a las 5.30, y a las 7.15 nos dijeron que nos reuniéramos en la sala, donde de nuevo se produjo la espera, como en la noche anterior. Cuando llegamos por fin al comedor encontramos un tazón de té frío, una rebanada de pan con mantequilla y una salsera de avena con melaza para cada paciente. Estaba hambrienta, pero no podía tragar la comida. Pedí pan sin mantequilla y me lo dieron. No podía compararlo con nada que fuese tan sucio y de color tan negro. Estaba duro, y algunos trozos no eran más que masa seca. Encontré una araña en mi rebanada, de modo que no me la comí. Probé la avena con la melaza, pero era una ruina, de modo que luché sin mucho éxito para tragarme el té.

Después de que volviésemos a la sala de estar se les ordenó a varias mujeres que hicieran las camas. Algunas pacientes tuvieron que ponerse a barrer, y a otras se les dieron otras tareas, de modo que se repartió todo lo que tenía que hacerse en el centro. No son las asistentes las que mantienen la institución tan limpia para las pobres pacientes, como yo siempre había creído, sino que las pacientes lo hacen todo, incluso limpiar los dormitorios de las enfermeras y ocuparse de su ropa.

Alrededor de las nueve y media las nuevas pacientes, entre las que me encontraba, tuvieron que ir a ver al doctor. Me llevaron y el mismo doctor que no paraba de coquetear el día que entramos me examinó los pulmones y

el corazón. Quien hizo el informe era, si no me equivoco, el superintendente asistente, Ingram. Tras unas cuantas preguntas se me permitió volver a la sala de estar.

Al entrar vi a la señorita Grady con mi libreta y el largo lápiz de plomo que había comprado para la ocasión.

—Quiero mi libreta y mi lápiz —dije con sinceridad—. Me ayuda a recordar cosas.

Estaba ansiosa por tenerlo y tomar notas, pero me decepcioné cuando me dijo:

—No puedes tenerlo, así que cierra el pico.

Unos días más tarde le pregunté al doctor Ingram si podía recuperarlo, y me prometió que lo pensaría. Cuando de nuevo lo mencioné, me dijo que la señorita Grady le había informado de que yo sólo había traído una libreta, y que no llevaba lápiz. Me sentí provocada e insistí en que sí lo traje, tras lo cual se me aconsejó luchar contra las imaginaciones de mi mente.

Después de las tareas de limpieza, y como hacía bueno, aunque el día era frío, nos mandaron salir al pasillo y que cogiéramos chales y sombreros para dar un paseo. ¡Pobres pacientes! Cuántas ganas tenían de salir al aire libre, cuántas ganas de liberarse mínimamente de su prisión. Salieron todas a la sala y hubo escaramuzas por atrapar los sombreros. ¡Y qué sombreros!

Capítulo XII

Paseando con lunáticos

Nunca olvidaré mi primer paseo. Cuando todas las pacientes se pusieron los sombreros de paja blancos, como los que llevan los bañistas en Coney Island, no pude evitar reírme ante su cómica apariencia. No podía distinguir a una mujer de otra. Perdí de vista a la señorita Neville y tuve que quitarme el sombrero y buscarla. Cuando nos encontramos nos pusimos los sombreros y nos reímos la una de la otra. De dos en dos, formamos una fila, y, custodiadas por las asistentes, salimos por una puerta trasera que daba a los caminos.

No habíamos andado más que unos cuantos pasos cuando vi, avanzando por cada camino, largas filas de mujeres custodiadas por enfermeras. ¡Cuántas había! Mirara a donde mirara podía verlas con sus extraños vestidos, los cómicos sombreros de paja y los chales, deambulando lentamente. Observé atenta las filas que pasaban ante mis ojos y me recorrió un escalofrío de terror. Sus miradas estaban vacías, los rostros inexpresivos, y de sus bocas salían sonidos sin sentido. Pasó un grupo, y gracias al olfato y a la vista pude notar que iban extremadamente sucias.

—¿Quiénes son? —pregunté a una paciente que estaba junto a mí.

—Son consideradas las más violentas de la isla —contestó—. Son del pabellón, el primer edificio con altos escalones.

Algunas gritaban, otras maldecían, otras cantaban o rezaban, hacían lo que les venía en gana, y juntas formaban el más miserable de los conjuntos humanos que se hayan visto. Mientras se desvanecía el estruendo de su paso en la distancia, apareció ante mí otra visión que no podré olvidar.

Una larga cuerda iba unida a anchos cinturones de cuero que rodeaban las cinturas de cincuenta y dos mujeres. Al final de la cuerda había un pesado carro de hierro, y sobre él dos mujeres, una a la que sanaban un pie llagado, y la otra gritando a una enfermera, diciéndole: «Me pegaste y no lo olvidaré. Me quieres matar», y se ponía a sollozar y a gritar. Las mujeres

«de la cuerda», como las llamaban las pacientes, iban cada una inmersa en su propio desvarío. Algunas gritaban todo el rato. Una con los ojos azules me vio mirarla, y se giró todo lo que pudo, hablando y sonriendo, con ese aspecto terrorífico y terrible de la locura absoluta estampada en su rostro. Los doctores podían juzgar su caso sin riesgo a equivocarse. El horror de tal visión para alguien que nunca antes había estado cerca de la locura era inexpresable.

—¡Que Dios las asista! —suspiró la señorita Neville—. Es tan horroroso que no puedo mirar.

Pasaron, y detrás venían más. ¿Pueden imaginar tal espectáculo? Según uno de los médicos hay 1.600 mujeres locas en la isla de Blackwell.

¡Qué locura! ¿Cómo podía ser tan horroroso? Mi corazón rebotaba de piedad cuando vi a una vieja de pelo gris hablando abúlica al vacío. Una mujer llevaba una camisa de fuerza, y otras dos tenían que ir arrastrándola. Tullidas, ciegas, viejas, jóvenes, feas, hermosas; una masa sin sentido de la humanidad. No había peor destino.

Miré las bonitas praderas, que en una ocasión imaginé que serían un gran alivio para las criaturas confinadas en la isla, y me reí de mis propias suposiciones. ¿Qué disfrute suponen para ellas? No se les permite caminar por la hierba, sólo pueden mirarla. Vi a algunas pacientes alzar con ansiedad y cuidado alguna nuez o una hoja colorida que había caído sobre el camino. Pero no se les permitía quedárselas. Las enfermeras siempre las obligaban a arrojar aquellos pequeños trozos de consuelo divino.

Al pasar bajo una sala, donde un grupo de indefensas lunáticas estaban encerradas, leí un lema en la pared: «Mientras hay vida hay esperanza». Me sorprendió lo absurdo que allí sonaba. Me hubiese gustado colocar sobre las verjas que dan entrada al sanatorio la siguiente frase: «El que aquí entre que abandone toda esperanza».

Durante el paseo me molestó muchísimo que las enfermeras que habían oído mi fantástica historia llamasen a las que nos cuidaban para preguntarles cuál de nosotras era yo. Una y otra vez me señalaban con el dedo.

Pasó mucho tiempo hasta la hora de la cena, y estaba tan hambrienta que parecía poder comerme cualquier cosa. Se repitió la misma historia de

esperar una hora y cuarto en el pasillo antes de bajar a cenar. Los tazones en que nos habían servido el té estaban ahora llenos de sopa, y en un plato había una patata hervida y un trozo de ternera, que tras examinarla resultó estar ligeramente podrida. No había tenedores ni cuchillos, y las pacientes parecieron salvajes al agarrar la dura ternera con los dedos y tirar para el lado contrario con los dientes. Aquellas que no tenían dientes o a las que les quedaban pocos no podían comérsela. Para la sopa nos dieron una cuchara, y el último plato fue un mendrugo de pan. Durante la cena nunca sirven mantequilla, té o café. La señorita Mayard no pudo comer, y vi a muchas de las enfermas darse media vuelta disgustadas. Me estaba debilitando mucho por la falta de alimento e intenté comer una rebanada de pan. Tras los primeros bocados, el hambre se impuso y conseguí comérmelo todo excepto la corteza.

El superintendente Dent pasó por la sala de estar saludando de vez en cuando a las pacientes: «¿Cómo estás?». «¿Cómo te encuentras hoy?». Su voz era tan fría como la sala, y las pacientes ni siquiera intentaron contarle sus padecimientos. Les pedí a algunas que le dijeran lo mucho que sufrían por el frío y por la falta de ropa, pero me contestaron que las enfermeras les pegarían si decían algo.

Nunca me he sentido tan cansada como cuando estaba sentada sobre aquellos bancos. Muchas pacientes se sentaban sobre un pie o de lado, por variar de posición, pero siempre les regañaban y les decían que se sentaran derechas. Si hablaban eran amonestadas y les mandaban callar. Si querían caminar para estirar las piernas, les decían que se sentaran y se estuvieran quietas. ¿Qué, excepto la tortura, podría causar la locura más rápidamente que aquel tratamiento? ¡Y a aquellas mujeres las querían curar! Me gustaría que los doctores expertos que me condenan por lo que hice, puesto que ha probado sus capacidades, cojan a una mujer perfectamente sana y cuerda, la encierren y le hagan sentarse desde las seis de la mañana hasta las ocho de la tarde en un banco recto, que no permitan que ande o se mueva durante esas horas, sin darle nada que leer, sin dejar que sepa nada de lo que pasa en el mundo exterior, suministrándole comida de mala calidad y un trato muy duro, y veamos cuánto tarda en volverse loca. En dos meses sería un despojo físico y mental.

He descrito mi primer día en el sanatorio, y como los nueve restantes fueron exactamente iguales en términos generales, sería muy agotador relatar cada uno de ellos. Al contar esta historia sé que me expongo a ser contradicha por muchos de los que han quedado expuestos. Simplemente explico con palabras humildes, sin exageraciones, mi experiencia de diez días en el manicomio. La comida era de las cosas más horrorosas. A excepción de los dos primeros días, no hubo sal para la comida. Las famélicas y hambrientas mujeres hacían lo posible por comerse aquellos horribles platos. A la carne y la sopa le echaban mostaza y vinagre para que supieran a algo, pero era aún peor. Incluso eso se acabó en dos días, y las pacientes tuvieron que intentar tragarse el pescado simplemente hervido en agua, sin sal, pimienta o mantequilla. La carne, la ternera y las patatas carecían del más ligero aliño. Las más locas se negaban a comerse los alimentos y eran amenazadas con castigos. En nuestros cortos paseos pasamos por la cocina donde preparaban la comida para las enfermeras y los médicos. Pudimos ver melones, uvas y toda clase de frutas, un pan blanco radiante y buena carne, lo que hizo que la sensación de hambre se viera multiplicada por diez. Hablé con algunos de los médicos, pero sin resultado, y cuando me sacaron de allí la comida seguía sin tener sal.

Me partía el corazón ver que las pacientes enfermas empeoraban por la comida. Vi a la señorita Tillie Mayard tan sobrecogida al dar un bocado que tuve que salir corriendo del comedor para después ser amonestada por haberlo hecho. Cuando las pacientes se quejaban por la comida, les decían que se callaran, que no estarían tan bien ni en su casa, y que era demasiado buena para pacientes cuidadas por caridad.

Una chica alemana, Louise —he olvidado su apellido— no comió durante varios días, y finalmente una mañana ya no estaba. Por las conversaciones de las enfermeras supe que sufría fiebres muy altas. ¡Pobrecita!, me dijo que en sus rezos pedía siempre morir. Vi que las enfermeras hicieron que una paciente llevara toda la comida que las demás no habían querido a la habitación de Louise. ¡Darle tal porquería a una paciente con fiebre! Por supuesto, se negó a comer. Entonces vi a una enfermera, la señorita McCarten, tomarle la temperatura, y volvió diciendo que era de 150 grados^[5]. Me reí ante aquella información, y la señorita

Grupo, al verme, me preguntó cuál había sido la fiebre más alta que había tenido. Me negué a contestar. Entonces la señorita Grady decidió probar sus habilidades. Volvió informando de que la temperatura era de 99 grados.

La señorita Tillie Mayard era la que más sufría de todas por el frío, y aun así intentó seguir mi consejo de que se animara y aguantara un poco. El superintendente Dent trajo a un hombre para que me viera. Me tomó el pulso y me examinó la cabeza y la lengua. Les dije que tenía mucho frío, y les aseguré que yo no necesitaba asistencia médica, pero sí la señorita Mayard, y que debían prestarle sus atenciones a ella. No me contestaron, y me alegró ver que la señorita Mayard abandonaba el lugar donde estaba y venía hacia nosotros. Habló con los doctores y les dijo que estaba enferma, pero no le prestaron atención. Vinieron las enfermeras, la arrastraron hasta el banco y después de que se marcharan los doctores le dijeron:

—Cuando pase un tiempo y veas que los doctores no te prestan atención, dejarás de ir corriendo hacia ellos.

Antes de que se fueran los médicos, oí que uno decía —no puedo escribirlo de manera literal— que ni mi pulso ni mis ojos eran los propios de una chica loca, pero el superintendente Dent le aseguró que en casos como el mío, tales pruebas no eran satisfactorias. Tras observarme un rato me dijo que mi rostro era el más brillante que jamás había visto a un loco. Las enfermeras llevaban puesta ropa pesada y abrigo, pero se negaban a darnos chales.

Casi todas las noches escuchaba a una mujer gritar que hacía mucho frío y rogar que Dios la dejase morir. Otra gritaba «¡asesinato!» a intervalos frecuentes, y «¡policía!», hasta ponerme el vello de punta.

La segunda mañana, después de que hubiese comenzado nuestro infinito «ocaso» diario, dos de las enfermeras, ayudadas por algunas pacientes, trajeron a la mujer que la noche anterior rogó a Dios que la llevaran a su casa. No me sorprendieron sus rezos. Parecía tener unos setenta años, y estaba ciega. Aunque las salas estaban heladas, la vieja mujer no llevaba más ropa que el resto de nosotras. Una vez que la trajeron a la sala de estar y la colocaron sobre el duro banco, gritó:

—¿Qué me estáis haciendo? Tengo frío, mucho frío. ¿Por qué no puedo quedarme en la cama? Al menos, dadme un chal.

Entonces se levantó y trató de salir a tientas de la habitación. En ocasiones, las asistentes la volvían a colocar en el banco, pero de nuevo permitían que se pasease y se reían de manera despiadada cada vez que se chocaba con la mesa o con el borde de los bancos. En una ocasión dijo que los ásperos zapatos que le habían dado le hacían daño en los pies y se los quitó. Las enfermeras obligaron a dos pacientes a que se los pusieran. Tras repetir la operación varias veces y siempre resistirse a que se los volvieran a poner, pude ver que hasta siete personas intentaron colocárselos. La vieja entonces intentó tumbarse sobre el banco, pero la alzaron a tirones. Era realmente triste oírla gritar:

—Dadme una almohada y cubridme con una manta. Tengo mucho frío.

Entonces vi que la señorita Grupe se sentaba sobre ella y le pasaba las frías manos por el rostro, metiéndoselas por el cuello del vestido. Se rió salvajemente con los gritos de la anciana, igual que las otras enfermeras, y repitió su cruel acción. Aquel día se llevaron a la anciana a otra sala.

Capítulo XIII

Pacientes ahogadas y golpeadas

La señorita Tillie Mayard sufría mucho por el frío. Una mañana, sentada junto a mí en el banco, se la veía lívida por el frío. Le temblaban los brazos y le castañeteaban los dientes. Hablé con las tres asistentes que se sentaban con abrigos en la mesa del centro de la sala.

—Es cruel encerrar a la gente para luego congelarla.

Me contestaron que llevaba puesta la misma ropa que las demás, y que no le darían más. Justo entonces le dio un ataque a la señorita Mayard y las pacientes parecieron asustadas. La señorita Neville la cogió en sus brazos y la sostuvo, aunque las enfermeras dijeron con crueldad:

—Deja que caiga al suelo, eso le dará una lección.

La señorita Neville les dijo lo que pensaba de ellas, y entonces me ordenaron que fuera a la oficina.

Justo cuando llegué allí, el superintendente Dent vino hasta la puerta y le dije que sufríamos mucho por el frío, así como por la enfermedad de la señorita Mayard. Sin duda, me expresé con incoherencia, pues hablé del estado de la comida, del trato de las enfermeras y de cómo se negaban a darme más ropa, de la enfermedad de la señorita Mayard, y conté que las enfermeras nos decían que no podíamos esperar ninguna bondad, ya que el manicomio era una institución pública. Le aseguré que yo no necesitaba ayuda médica, que fuese a ver a la señorita Mayard. Así lo hizo. Por la señorita Neville y otras pacientes supe lo que ocurrió. La señorita Mayard aún estaba en trance. El doctor la pellizcó con aspereza entre las cejas y apretó con fuerza hasta que la cara se le puso colorada debido al torrente de sangre que acudió a su cabeza. Entonces recobró el sentido. Durante todo el día sufrió terribles jaquecas, y desde entonces estuvo cada vez peor.

¿Loca? Sí, loca, y mientras observaba cómo la locura avanzaba por una mente que había estado en perfectas condiciones, maldije en secreto a los doctores, a las enfermeras y a todas las instituciones públicas. Alguien

podría decir que en algún momento ya estuvo loca antes de su confinamiento en el manicomio. Si así fuese, ¿era aquel el lugar adecuado al que enviar a una mujer convaleciente para que le dieran baños helados, la malvistieran y la alimentaran tan mal?

Aquella mañana tuve una larga conversación con el doctor Ingram, el superintendente ayudante del manicomio. Descubrí que era amable con los desgraciados que tenía a su cargo. Comencé a quejarme de nuevo del frío, lo que hizo que llamara a la señorita Grady, a quien ordenó que dieran más ropa a las pacientes. La señorita Grady dijo que si me acostumbraba a chivarme no me iba a hacer ningún bien, que me avisaba con tiempo.

Muchos visitantes que buscaban a chicas perdidas vinieron a verme. La señorita Grady un día gritó desde la puerta del pasillo:

—Nellie Brown, te buscan.

Fui hasta la sala de estar, al fondo del pasillo, y allí estaba sentado un caballero que me había conocido bien durante bastantes años. Vi por la repentina lividez de su rostro y por su incapacidad de habla que mi visión fue totalmente inesperada, y que le produjo una profunda conmoción. En un instante determiné que si me traicionaba diciendo que era Nellie Bly negaría conocerlo. Sin embargo, tenía un as en la manga, y decidí utilizarlo. La señorita Grady estaba bastante cerca, de modo que le susurré a toda prisa en un lenguaje más expresivo que elegante:

—No me delates.

Supe por la expresión de sus ojos que lo había entendido, de modo que le dije a la señorita Grady:

—No conozco a este hombre.

—¿La conoce? —preguntó la señorita Grady.

—No, no es la joven que venía buscando —contestó con voz ronca.

—Si no la conoce no puede quedarse aquí —dijo acompañándolo hasta la puerta.

De repente temí que pensase que había sido recluida allí debido a un error, que se lo contase a mis amigos e intentasen liberarme. Así que esperé a que la señorita Grady tuviera la puerta abierta. Sabía que tendría que cerrarla con llave antes de marcharse, y el tiempo necesario para hacerlo me daría la oportunidad de hablar, de modo que dije:

—Un momento, señor.

Se giró hacia mí y pregunté en voz alta:

—¿Habla usted español, señor? —Y entonces susurré—. Todo va bien. Estoy escribiendo algo. No digas nada.

—No —dijo él con un tono peculiar por el que supe que mantendría mi secreto.

La gente que puebla la tierra no puede imaginarse lo largos que se hacen los días para quienes están en un manicomio. Parece que nunca se acaben, y nos alegraba cualquier novedad que nos diera materia de charla o algo en lo que pensar. No había nada para leer, y siempre se hablaba de la comida tan buena que tomaríamos al salir de allí. Se esperaba con ansiedad la llegada del barco para ver si se sumaban nuevas desgraciadas a nuestras filas. Cuando llegaban y eran introducidas en la sala de estar, las pacientes mostraban comprensión hacia ellas y se afanaban por presentarles pequeñas muestras de atención. La sala 6 era la de recepción, de modo que veíamos a todas las nuevas.

Poco después de mi llegada, trajeron a una chica cuyo nombre era Urena Little-Page. Era tonta, así había nacido, y su punto débil, como pasa con muchas mujeres sensibles, era la edad. Afirmaba tener dieciocho años, y se enfadaba mucho si se le llevaba la contraria. Las enfermeras lo descubrieron pronto, y la hacían rabiar.

—Urena —decía la señorita Grady—, los médicos dicen que tienes treinta y tres años en lugar de dieciocho —y las otras enfermeras se reían.

Siguieron así hasta que la pobre criatura comenzó a gritar y a llorar, diciendo que quería irse a su casa y que todo el mundo la trataba mal. Después de haberse divertido todo lo que quisieron y dejarla hecha un mar de lágrimas, comenzaron a regañarle y a decirle que se callara. Cada momento que pasaba se ponía más histérica, hasta que se abalanzaron sobre ella, le dieron guantadas y le golpearon la cabeza con saña. Aquello hizo que la pobre criatura llorara aún más, de modo que la ahogaron. Sí, la ahogaron literalmente. Después la llevaron a rastras hasta el cuarto de baño y sus aterrados gritos fueron sofocados. Tras una ausencia de varias horas volvió a la sala de estar y vi claramente las marcas de los dedos en su cuello.

Aquel episodio pareció despertar en ellas el deseo de castigar más. Volvieron a la sala y agarraron a una anciana canosa a la que había oído que llamaban tanto señorita Grady como señorita O'Keefe. Estaba loca, y continuamente estaba hablando para sí misma y con los que estaban cerca de ella. Nunca hablaba demasiado alto, y en aquel momento estaba sentada sin hacer daño a nadie, farfullando. La agarraron, y se me partió el corazón al oír que decía:

—Por el amor de Dios, señoritas, no dejen que me peguen.

—¡Cierra el pico, picarueta! —dijo la señorita Grady mientras la agarraba de las canas y la sacaba a rastras de la sala.

La anciana gritaba y pedía clemencia. También la llevaron al cuarto de baño, y sus gritos se hicieron más sonoros, hasta que cesaron.

Las enfermeras volvieron a la sala y la señorita Grady señaló que había «calmado a la vieja loca por un tiempo». Les conté lo ocurrido a algunos médicos, pero no me prestaron ninguna atención.

Uno de los personajes más pintorescos de la sala 6 era Matilda. Una ancianita alemana que, según creo, se volvió loca por perder dinero. Era bajita, y mostraba una complexión rosada muy saludable. No causaba muchos problemas, excepto algunas veces. En ocasiones hablaba a los radiadores o a las ventanas. En aquellas conversaciones reprendía a los abogados que le habían robado sus propiedades. Las enfermeras parecían divertirse mucho haciendo rabiar a aquella mujer inofensiva. Un día me senté junto a la señorita Grady y la señorita Grupe, y oí que la animaban a decirle unas cosas horrendas a la señorita McCarten. Tras decirle las palabras que debía soltar la enviaron junto a la otra enfermera, pero Matilda demostró tener más juicio, a pesar de su estado, que ellas.

—No puedo contárselo, es privado —fue todo lo que dijo a la asistente.

Luego vi a la señorita Grady que, bajo el pretexto de decirle algo al oído, le escupió. Matilda, en silencio, se limpió el oído y no dijo nada.

Capítulo XIV

Algunas historias desafortunadas

Para entonces había conocido a casi la totalidad de las cuarenta y cinco mujeres de la sala 6. Permítanme presentarles a algunas de ellas. Louise, la bonita chica alemana de la que he hablado anteriormente porque estaba enferma con fiebre, sufría la ilusión de que los espíritus de sus difuntos padres la acompañaban.

—La señorita Grady y sus ayudantes me han dado muchas palizas —dijo— y soy incapaz de comerme esa comida asquerosa que nos dan. Me veo abocada a la congelación por falta de una ropa adecuada. ¡Oh! Rezo todas las noches por que me lleven con mi papá y mi mamá. Una noche, estando confinada en Bellevue, vino el doctor Field. Yo estaba en la cama, cansada ya de los exámenes. Por fin dije: «Estoy cansada. No hablaré más». «Ah, ¿no?», dijo él enfadado. «Veremos si no consigo persuadirte». Puso la muleta en la cama, y aupándose sobre ella me pellizcó fuertemente en las costillas. Me incorporé repentinamente sobre la cama y le dije: «Pero ¿qué pretende?». «Quiero enseñarte a obedecerme cuando te hablo», me replicó. Ojalá me muera y me vaya con mi papá.

Cuando me marché, estaba postrada en la cama con fiebre, y puede ser que a estas alturas se haya cumplido su deseo.

Hay una mujer francesa confinada en la sala 6, o al menos lo estaba durante mi estancia, que, según creo, estaba totalmente cuerda. Yo la observaba y hablaba con ella todos los días, excepto los últimos tres, siendo incapaz de encontrar en ella delirios o manías. Se llama Josephine Despreau (no sé si se escribe así), y su marido, así como todos sus amigos, están en Francia. Josephine sabe en qué situación se encuentra. Le tiemblan los labios y rompe a llorar cada vez que habla de su indefensión.

—¿Cómo llegaste aquí? —le pregunté.

—Una mañana intentaba desayunar cuando me puse mortalmente enferma. La mujer de la casa llamó a dos policías y me llevaron a la

comisaría. Era incapaz de entender sus procedimientos, y apenas prestaron atención a mi historia. Todo lo de este país me era novedoso, y antes de darme cuenta estaba encerrada en este manicomio por loca. Cuando llegué el primer día grité porque no veía esperanzas de salir de aquí, y por gritar la señorita Grady y sus ayudantes me estrangularon hasta hacerme daño en la garganta. Desde entonces me duele.

Una bonita mujer judía hablaba tan poco inglés que no pude sonsacarle su historia, excepto por lo que comentaban las enfermeras. Dijeron que se llamaba Sarah Fishbaum, y que su marido la llevó al manicomio porque se desvivía por otros hombres que no eran él. Otorgando la razón a las enfermeras de que Sarah estaba loca, y también por los hombres, permítanme explicarles cómo intentaron «¿curarla?» las enfermeras. La llamaban y le decían:

—Sarah, ¿te gustaría tener a un joven apuesto?

—Oh, sí, me gustan los jóvenes —contestaba Sarah usando las pocas palabras que sabía en nuestro idioma.

—Bueno, Sarah, ¿no te gustaría que le hablásemos de ti a alguno de los médicos?

Y entonces le preguntaban qué doctor prefería, y le aconsejaban que se le insinuase cuando viniese al centro, etcétera.

Había estado observando y hablando con una mujer de tez agradable durante unos días, y no comprendía por qué había sido encerrada allí, pues parecía perfectamente cuerda.

—¿Por qué fuiste traída aquí? Le pregunté un día, después de que hubiésemos estado hablando un rato.

—Estaba enferma —me contestó.

—¿Estás mentalmente enferma? —le pregunté.

—Oh, no. ¿Qué te ha hecho pensar tal cosa? Trabajé demasiado, y al final no pude más. Como tenía un problema familiar, ni un solo penique y ningún lugar adonde ir, pedí a la policía que me enviaran a un hospicio hasta que pudiese trabajar de nuevo.

—Pero no encierran a los pobres aquí a menos que estén locos —dije—. ¿No sabes que aquí sólo mandan a mujeres locas, o supuestamente locas?

—Cuando llegué aquí me di cuenta de que la mayoría de las mujeres estaban desequilibradas, pero les creí cuando me dijeron que este era el lugar al que enviaban a todos los pobres que pedían ayuda como yo había hecho.

—¿Cómo te han tratado? —le pregunté.

—Bueno, hasta ahora me he librado de las palizas, aunque me pone enferma verlas y saber que son continuas. Cuando me trajeron aquí fueron a darme un baño. A pesar de que la enfermedad que sufría, y por la que me encontraba aquí, desaconsejaba bañarme, me obligaron, y mis dolores se acrecentaron durante semanas.

Una tal señora McCartney, cuyo marido es sastre, parece perfectamente racional, y no tiene ni una sola fantasía. Mary Hughes y la señora Louise Schanz tampoco mostraron síntomas de locura.

Un día, dos recién llegadas fueron añadidas a nuestro grupo. Una era idiota, Carrie Glass, y la otra era una bonita chica alemana que parecía bastante joven, y que cuando llegó provocó comentarios sobre su belleza y aparente cordura. Se llamaba Margaret. Me dijo que había sido cocinera, y era extremadamente limpia. Un día, después de que barrierá el suelo de la cocina, las doncellas fueron a ensuciarlo adrede. Se enfadó mucho y comenzó a discutir con ellas. Llamaron a un policía y fue llevada al sanatorio.

—¿Cómo pueden decir que estoy loca por que me dejara llevar por mi temperamento? —se quejaba—. No a todos los que se enfadan los encierran. Supongo que no se puede hacer otra cosa que callar para evitar las palizas que veo que dan a las demás. Soy obediente, y hago todo lo que me dicen para demostrarles que estoy cuerda.

Otro día trajeron a una mujer que sí estaba loca. Era muy ruidosa, y la señorita Grady le dio tal paliza que le puso un ojo morado. Cuando lo vieron los doctores preguntaron si ya estaba así cuando entró en el manicomio; las enfermeras dijeron que así era.

Mientras estuve en la sala 6 nunca oí a las enfermeras dirigirse a las pacientes si no era para reñirles, gritarles o hacerlas rabiar. Pasaban la mayor parte del tiempo chismorreando sobre los médicos y sobre otras enfermeras de forma poco edificante. La señorita Grady casi siempre

aderezaba su charla con palabras soeces, y por norma general comenzaba sus frases mentando al Señor^[6]. Los apelativos que aplicaba a las pacientes eran de la clase más baja e insultante. Una noche discutió con otra enfermera mientras cenábamos, y cuando ésta se fue la insultó e hizo feos comentarios sobre ella.

Por la noche, una mujer, que supongo que era la cocinera jefa de los médicos, solía traer pasas, uvas, manzanas y galletas a las enfermeras. Imagínense cómo se sentían las hambrientas pacientes allí sentadas viendo como las enfermeras comían lo que para ellas era un sueño lujurioso.

Una tarde el doctor Dent estuvo hablando con una paciente, la señora Turney, sobre algún problema que había tenido con una enfermera o matrona. Al rato nos llevaron a cenar, y aquella mujer que había pegado a la señora Turney, y de la que habló con el doctor Dent, estaba sentada en la puerta de nuestro comedor. De repente la señora Turney agarró su tazón de té y se lo lanzó a la mujer que le había golpeado, mientras salía corriendo por la puerta. Se produjeron algunos chillidos y la señora Turney fue devuelta a su lugar. Al día siguiente fue trasladada al «grupo de la cuerda», que se supone que está compuesto por las mujeres más peligrosas y con tendencias suicidas de la isla.

Al principio no podía dormir, y tampoco quería, esperando a oír algo nuevo. Las enfermeras del turno de noche puede que se quejaron de ello. En cualquier caso, vinieron e intentaron que tomara una dosis de alguna mezcla en un vaso «para hacerme dormir», según dijeron. Les dejé claro que no haría nada por el estilo y me dejaron tranquila, creía, para toda la noche. Mis esperanzas fueron vanas, pues en pocos minutos volvieron con un doctor, el mismo que nos recibió a nuestra llegada. Insistió en que me lo tomara, pero estaba determinada a no perder la conciencia ni unas pocas horas. Cuando vio que no me iban a poder convencer se puso bastante impertinente, y dijo que ya había perdido mucho tiempo conmigo; que si no me lo tomaba, me lo inyectaría en el brazo. Pensé que si me lo inyectaba no podría evitar la acción del medicamento, pero que si me lo tragaba habría al menos alguna posibilidad, de modo que dije que me lo tomaría. Olía a láudano, y el sabor era horrible. Tan pronto como abandonaron la habitación y me encerraron miré hasta dónde podía llegar con el dedo

metiéndomelo en la garganta, y así que el hidrato de doral hiciese sus efectos en cualquier otra parte.

Quisiera decir que la enfermera del turno de noche, Burns, en la sala 6, parecía muy amable y paciente con las personas afligidas. Las otras enfermeras hicieron varios intentos por hablarme de amantes, y me preguntaron si no me gustaría tener alguno. No me encontraron demasiado comunicativa respecto al, para ellas, popular asunto.

Una vez a la semana se les daba un baño a las pacientes, y era en la única ocasión en la que veíamos el jabón. Un día, una paciente me pasó un trozo de jabón del tamaño de un dedal, lo que consideré un gran cumplido, que quería ser amable, pero pensé que ella apreciaría más aquel jabón barato que yo, de modo que se lo agradecí rechazándolo. El día del baño llenan la bañera y lavan a las pacientes, una tras otra, sin cambiar el agua. Así se hace hasta que el agua está muy sucia, y entonces desaguan y rellenan la bañera sin limpiarla. Se usan las mismas toallas con todas las mujeres, tanto con las que tienen erupciones como con las que no. Las pacientes sanas luchan por que cambien el agua, pero se ven obligadas a someterse a los dictados de las perezosas y tiránicas enfermeras. Los vestidos no se cambian más que una vez al mes. Si la paciente tiene una visita, he visto a las enfermeras correr para cambiarle el vestido antes de que la visita entre. Esto mantiene la apariencia de una gestión decente y limpia.

Las pacientes que no pueden cuidar de sí mismas acaban en condiciones deplorables, y las enfermeras ni siquiera se ocupan de ellas, ordenando a otras pacientes que lo hagan.

Durante cinco días nos obligaron a sentarnos en la sala durante todo el día. Nunca he estado tanto tiempo quieta. Todas las pacientes estábamos rígidas, doloridas y cansadas. Nos reuníamos en pequeños grupos en el banco y torturábamos nuestros estómagos pensando en nuestra primera comida una vez que saliéramos. Si no hubiese sabido lo hambrientas que estaban y el lado más amargo de todo aquello, la conversación me podría haber parecido muy entretenida, pero en aquella situación sólo conseguía ponerme más triste. Cuando el tema de la comida, que parecía ser el favorito, se agotaba, solían dar sus opiniones sobre la institución y la forma

de dirigirla. Tanto la condena de las enfermeras como la de la comida eran unánimes.

Con el paso de las jornadas, el estado de la señorita Tillie Mayard empeoró. Siempre tenía frío y era incapaz de comer lo que se le daba. Día tras día cantaba para intentar no perder los recuerdos, pero al final la enfermera hizo que parara. Yo hablaba con ella todos los días, y me apenó mucho ver que empeoraba muy rápidamente. Finalmente tuvo delirios. Pensaba que intentaba hacerme pasar por ella, y que todas las personas que venían a ver a Nellie Brown eran amigos que la buscaban a ella, pero que yo, por algún medio, intentaba engañarlos haciéndoles pensar que yo era Tillie Mayard. Intenté razonar con ella, pero fue imposible, de modo que me mantuve alejada todo lo que pude para que mi presencia no la hiciera sentirse peor y alimentara aquel delirio.

Una de las pacientes, la señora Cotter, una mujer hermosa y delicada, creyó un día ver a su marido por el paseo que conducía al sanatorio. Dejó la fila en la que estaba y corrió a su encuentro. Por aquello fue enviada al «retiro». Más tarde dijo:

—Ese recuerdo es suficiente para volverme loca. Por llorar, las enfermeras me pegaban con el palo de una escoba y saltaban sobre mí, y me dañaban por dentro. Nunca lo superaré. Después me ataron las manos y los pies y, tras echarme una sábana por la cabeza, la apretaron contra mi cuello para que no gritara. Entonces me metieron en una bañera con agua helada. Me dejaron allí hasta que perdí toda esperanza y quedé inconsciente. En otras ocasiones me agarraban por las orejas y me golpeaban la cabeza contra el suelo y contra las paredes. Me arrancaban el pelo a tirones para que no me creciese más.

La señora Cotter me mostró pruebas de su relato, la hendidura en la parte de atrás de su cabeza y las calvas donde le habían arrancado el pelo a jirones. Relató su historia con los mínimos adornos posibles.

—Mi tratamiento no fue tan malo como el de otras que he visto llegar allí, pero ha arruinado mi salud, y aunque consiga salir de aquí quedaré maltrecha de por vida. Cuando mi marido supo el trato que recibía allí, amenazó con sacarlo todo a la luz si no me trasladaban, de modo que me

trajeron aquí. Ahora estoy bien mentalmente. Los viejos temores se han ido, y el médico me ha prometido que permitirá que mi marido me lleve a casa.

Conocí a Bridget McGuinness, que parece ya estar cuerda. Dijo que fue enviada al retiro 4, y que la pusieron en el «grupo de la cuerda».

—Las palizas que recibí allí eran terribles. Me arrastraban tirándome del pelo, me metían la cabeza en agua hasta que me ahogaba y empezaba a dar patadas. Las enfermeras siempre colocaban a una paciente tranquila junto a la ventana para avisarlas cuando se acercase un doctor. Era inútil quejarse a los médicos, pues siempre decían que eran imaginaciones de nuestros enfermos cerebros, y además nos daban palizas por chivarnos. Metían a algunas pacientes bajo agua y amenazaban con dejarlas morir si no prometían que no dirían nada a los médicos. Todas lo prometíamos, pues sabíamos que los médicos no nos iban a ayudar, y hacíamos cualquier cosa por escapar del castigo.

»Tras romper una ventana me trasladaron al Pabellón, el peor lugar de la isla. Está espeluznantemente sucio, y el hedor es horroroso. En verano las moscas invaden el lugar. La comida es peor que la de los otros pabellones, y sólo dan platos de latón. En lugar de barrotos en el exterior, en el pabellón están por dentro. Hay muchas pacientes calladas que llevan allí años, pero las enfermeras las mantienen para que hagan todo el trabajo. Entre otras palizas que allí recibí, las enfermeras saltaron sobre mí en una ocasión rompiéndome dos costillas.

»Mientras estaba allí trajeron a una jovencita muy guapa. Había estado enferma, y se resistió a ser encerrada en aquel sucio lugar. Una noche las enfermeras la cogieron y, tras darle una paliza, la desnudaron y le dieron un baño frío. Después la tiraron a la cama. Cuando llegó la mañana la chica estaba muerta. Los médicos dijeron que había muerto de convulsiones, y que se había hecho todo lo posible.

Inyectan tanta morfina y doral que las pacientes enloquecen. He visto a esas mujeres volverse locas pidiendo agua debido a los efectos de las drogas, y las enfermeras negársela. Las he oído suplicar toda la noche una gota y no recibirla. Yo misma grité pidiendo agua hasta que mi boca estuvo tan seca y resquebrajada que no podía hablar.

Vi lo mismo en la sala 7. Las pacientes suplicaban por beber algo antes de retirarse a dormir, pero las enfermeras —la señorita Hart y las otras— se negaban a abrir el cuarto de baño para que saciaran su sed.

Capítulo XV

Incidentes de la vida en el manicomio

Hay muy poco en los pabellones que ayude a pasar el tiempo. Toda la ropa del sanatorio está hecha por las pacientes, pero coser no ocupa la mente. Tras varios meses de confinamiento los pensamientos sobre el efervescente mundo se desvanecen, y todo lo que puede hacer la pobre prisionera es sentarse a pensar en su desesperado destino. En las salas superiores hay una buena vista de los barcos que pasan y de Nueva York. A menudo traté de imaginar, mientras miraba por entre los barrotes las luces que brillaban débilmente en la ciudad, cuáles serían mis sentimientos si no contase con nadie que me fuese a liberar.

He visto a pacientes quedarse de pie mirando hacia la ciudad que con toda probabilidad nunca volverán a pisar. Significa la libertad y la vida; parece tan cercana... y sin embargo no está el cielo más lejos del infierno.

¿Suspiran las mujeres por su hogar? Excepto en los casos más violentos, son conscientes de que están confinadas en un manicomio. El único deseo que nunca muere es el de la libertad, el de volver a sus hogares.

Una pobre chica solía decirme cada mañana: «Anoche soñé con mi madre. Puede que venga hoy a llevarme a casa». Ese pensamiento, ese anhelo, está siempre presente, aunque lleva allí encerrada cuatro años.

Qué cosa tan misteriosa es la locura. He visto a pacientes cuyos labios están cerrados en un silencio perpetuo. Viven, respiran, comen; la forma humana está presente, pero ese algo sin el que el cuerpo puede vivir, pero que no puede existir sin el cuerpo, estaba ausente. A menudo me he preguntado si tras aquellos labios sellados moraban sueños que desconocíamos o si sólo estaba el vacío.

Pero igual de deprimentes son aquellos casos en los que las pacientes están todo el rato hablando con compañeros invisibles. Las he visto estar totalmente ausentes de su entorno, inmersas en conversaciones con seres invisibles. Si bien, aunque resulte extraño, cualquier orden que se les da es

obedecida igual que un perro obedece a su amo. Una de las fantasías más entristecedoras entre las pacientes era la de una chica irlandesa de ojos azules que creía estar eternamente condenada por un acto cometido en su vida. Continuamente gritaba, día y noche: «¡Estoy condenada por toda la eternidad!», y aquello me llenaba el alma de horror. Su agonía era como una visión del mismo infierno.

Tras ser trasladada a la sala 7 me encerraron en una habitación con seis mujeres locas. Dos de ellas no parecían dormir nunca; se pasaban la noche delirando. Una se salía de la cama y se arrastraba por el cuarto en busca de alguien a quien quería matar. No pude dejar de pensar lo fácil que le sería atacar a cualquiera de las otras pacientes encerradas con ella. Eso no facilitó que pasara la noche con comodidad.

Una mujer de mediana edad, que solía sentarse siempre en la esquina del cuarto, tenía una aficción realmente extraña. Tenía un trozo de periódico y no paraba de leer en él las historias más extraordinarias que jamás haya oído. A menudo me sentaba junto a ella a escucharla. De sus labios manaban entremezclado la historia y el romance.

Sólo vi que dieran una carta a una sola paciente mientras estuve allí. Aquello despertó un vivo interés. Todas las pacientes estaban ansiosas por saber algo del exterior, y se agruparon alrededor de la afortunada haciéndole cientos de preguntas.

Las visitas causaban mucho interés y alegría. La señorita Mattie Morgan, en la sala 7, trató de entretener un día a unos visitantes. Estuvieron rodeándola hasta que alguien susurró que era una paciente. «¡Loca!», murmuraron de manera perfectamente audible. Se retiraron y la dejaron sola. El episodio la divirtió y la indignó a partes iguales. La señorita Mattie, ayudada por varias chicas que ha entrenado, consigue que las tardes sean muy placenteras en la sala 7. Cantan y bailan, y a menudo los doctores vienen a bailar con ellas.

Un día, cuando íbamos a cenar, oímos un débil grito en el sótano. Todo el mundo pareció oírlo, y no tardamos mucho en saber que allí abajo había un bebé. Sí, un bebé. Imagínense, un bebé inocente nacido en tal cámara de horrores. No puedo imaginar nada más terrible.

Un día, una visitante trajo en sus brazos un bebé. Una madre que había sido separada de sus cinco hijos pidió permiso para cogerlo en brazos. Cuando la visita quiso irse, la pena de la mujer fue incontrolable, y se puso a rogar que le dejaran el bebé, que ahora imaginaba que era suyo. Aquello puso a las pacientes más excitadas que de costumbre.

El único entretenimiento que se les concede a las pacientes en el exterior, si así puede llamarse, es un paseo semanal, si el tiempo lo permite, en el tiovivo. Es un cambio, y lo aceptan con muestras de placer.

Las pacientes más mansas trabajan en una fábrica de escobas, otra de esterillas y en la lavandería. No obtienen recompensa por ello, pero tienen la misma hambre.

Capítulo XVI

El último adiós

El día que trajeron a Pauline Moser al manicomio oímos unos gritos horribles, y una chica irlandesa, vestida sólo a medias, vino tambaleándose como borracha gritando: «¡Hurra! ¡Viva! ¡He matado al demonio! Lucifer, Lucifer, Lucifer», y así continuó sin parar. Entonces se arrancó un mechón de cabellos mientras gritaba exultante: «He engañado al diablo. Siempre dice que fue Dios el que creó el infierno, pero no es así». Pauline ayudó a la chica a crear una escena horripilante, cantando unas canciones tremendas. Cuando la chica irlandesa llevaba allí una hora más o menos, apareció el doctor Dent, y mientras caminaba por la sala la señorita Grupe le susurró a la chica demente: «Aquí viene el diablo, ve a por él». Sorprendida de que le diese a una mujer loca tales instrucciones, esperaba ver a la criatura enloquecida correr hacia el doctor. Afortunadamente no lo hizo, sino que comenzó a repetir su estribillo: «¡Oh, Lucifer!». Una vez que el doctor se marchó, la señorita Grupe trató de nuevo de poner nerviosa a la chica diciendo que el cuadro del comediante en la pared era el demonio, y entonces la pobre criatura comenzó a gritar: «Tú, demonio, te lo daré a ti», de modo que dos enfermeras tuvieron que sentarse sobre ella para calmarla. Las ayudantes parecían divertirse excitando a las pacientes violentas hasta sacarlas de sus casillas.

Yo siempre trataba de decirles a los doctores que estaba cuerda y les pedía que me liberaran, pero cuanto más me afanaba por demostrarles mi salud mental, más dudaban de ella.

—¿Para qué están entonces ustedes aquí? —le pregunté a uno cuyo nombre no recuerdo.

—Para cuidar de las pacientes y para comprobar su estado mental —contestó.

—Muy bien —dije—. Hay dieciséis doctores en la isla, y excepto dos, nunca les he visto prestar atención a las pacientes. ¿Cómo puede un doctor

juzgar la cordura de una mujer diciéndole tan sólo buenos días y negándose a escuchar sus plegarias de liberación? Incluso las enfermas saben que es inútil decir nada, pues la respuesta va a ser que son cosas de su imaginación.

—Háganme todas las pruebas posibles —les dije a otros—, y díganme si estoy cuerda o loca. Tómenme el pulso, comprueben mis ojos, el corazón, como el doctor Field hizo en Bellevue, y entonces díganme si estoy cuerda.

No me escuchaban, pues pensaban que estaba delirando.

En otra ocasión le dije a uno:

—No tiene derecho a tener aquí a gente cuerda. Yo estoy cuerda, siempre lo he estado y debo insistir en que se me haga un examen exhaustivo o que me liberen. Varias de las mujeres que están aquí también están cuerdas. ¿Por qué no pueden ser libres?

—Están locas —fue la respuesta—, y sufren visiones.

Tras una larga charla con el doctor Ingram, dijo:

—Te voy a trasladar a una sala más tranquila.

Una hora más tarde la señorita Grady me llamó para que fuera a la sala, y, tras insultarme y vejarme todo lo que quiso, me dijo que tenía suerte mi pellejo de ser trasladado, porque si no me iba a hacer pagar por haberle contado todo al doctor Ingram.

—Maldita fulana, de ti se te olvida todo, pero nunca olvidas contarle cosas al doctor.

Tras llamar a la señorita Neville, a la que también había amablemente trasladado el doctor Ingram, la señorita Grady nos llevó a la sala superior, la número 7.

En la sala 7 están la señora Kroener, la señorita Fitzpatrick, la señorita Finney y la señorita Hart. No vi que diesen un trato tan inhumano como en el piso inferior, pero sí las oí hacer comentarios crueles y amenazas, retorcer dedos y dar guantazos a las pacientes más revoltosas. La enfermera de noche —Conway, creo que se llamaba— es muy arisca. En la sala 7, si cualquiera de las pacientes posee algún pudor, pronto lo pierde. Todas fueron obligadas a desvestirse en la sala ante su propia puerta, y a doblar la ropa dejándola allí hasta por la mañana. Pedí desvestirme en mi cuarto, pero

la señorita Conway me dijo que si alguna vez me cogía haciéndolo me daría motivos para no querer repetirlo.

El primer médico que allí vi, el doctor Caldwell, me pellizcó en la barbilla, y como estaba cansada de negarme a decir dónde estaba mi hogar sólo hablé con él en español.

La sala 7 tiene un aspecto agradable para el visitante esporádico. Está decorada con cuadros baratos y tiene un piano presidido por la señorita Mattie Morgan, que antes estaba en una tienda de música de la ciudad. Ha estado dando clases de canto a varias pacientes, con cierto éxito. La artista de la sala 7 es Under, que se pronuncia «Wanda», una chica polaca. Es una talentosa pianista cuando quiere mostrar su habilidad. Es capaz de leer rápidamente la música más compleja, y su pulso y expresión son perfectos.

Los domingos, las pacientes más tranquilas, cuyos nombres son designados por las asistentes durante la semana, pueden ir a misa. Van a una pequeña capilla católica que hay en la isla, donde también se ofician otros servicios.

Un día vino un «comisario», e hizo la ronda con el doctor Dent. En el sótano encontraron que la mitad de las enfermeras se habían ido a cenar, dejando a la otra mitad cuidando de nosotras, algo que siempre se hacía así. Se dieron órdenes inmediatas de que las enfermeras volvieran a sus obligaciones hasta que las pacientes hubieran acabado de comer. Algunas de las pacientes quisieron decir que no tenían sal, pero no pudieron.

El manicomio de la isla de Blackwell es una trampa para humanos. Es fácil entrar, pero una vez allí es imposible salir. Intenté que me internaran en las salas más violentas, el pabellón y el retiro, pero tras conseguir el testimonio de dos mujeres cuerdas decidí no arriesgar mi salud, ni mi pelo, de modo que no me puse violenta.

Hacia el final no podía ver a ninguna visita, de modo que cuando el abogado Peter A. Hendricks vino y me dijo que había amigos que estaban dispuestos a ocuparse de mí si prefería estar con ellos que en el manicomio, con gran placer acepté la oferta. Le pedí que me enviara inmediatamente algo de comer una vez que llegara a la ciudad, y me quedé esperando ansiosamente mi liberación.

Llegó antes de lo esperado. Estaba en el exterior «en fila», dando un paseo, y acababa de interesarme por una pobre mujer que se había desmayado mientras las enfermeras intentaban obligarla a caminar.

—Adiós, me voy a casa —le dije a Pauline Moser, mientras se marchaba con una mujer a cada lado.

Con tristeza dije adiós a todas las que conocía mientras caminaba hacia la libertad y la vida, y ellas se quedaban atrás condenadas a un destino peor que la muerte.

—Adiós^[7] —le susurré a una mujer mexicana.

Le lancé un beso con la mano y así abandoné a mis compañeras en la sala 7.

Había deseado tanto dejar aquel horrible lugar que cuando llegó la liberación y supe que de nuevo vería la luz de Dios en libertad, me entró cierta nostalgia. Durante diez días había sido una de ellas. De manera muy estúpida, me parecía muy egoísta por mi parte abandonarlas en su sufrimiento. Sentí un quijotesco deseo de ayudarlas quedándome allí. Pero sólo fue un instante. Bajaron los barrotes y la libertad me resultó más dulce que nunca.

Pronto me encontré cruzando el río cada vez más cerca de Nueva York. De nuevo era una chica libre tras diez días en el manicomio de la isla de Blackwell.

Capítulo XVII

La investigación del Gran Jurado

Poco después de despedirme del manicomio de la Isla de Blackwell, fui llamada a comparecer ante el Gran jurado. Contesté a la llamada con placer, pues anhelaba ayudar a aquellas criaturas de Dios tan desgraciadas que había dejado atrás prisioneras. Si yo no podía concederles el mayor don de todos, la libertad, esperaba al menos influir en los demás para hacerles la vida más soportable allí dentro. Descubrí que los miembros del jurado eran caballeros, y que no necesitaba temblar ante aquellas veintitrés augustas presencias.

Juré la veracidad de mi historia, y después lo conté todo, desde el principio en el Hogar Temporal hasta mi liberación. El ayudante del fiscal del distrito, Vernon M. Davis, dirigía la investigación. Los miembros del jurado me pidieron entonces que los acompañara en una visita a la isla. Consentí hacerlo con placer.

Se supone que nadie sabía de aquel viaje a la isla, pero no llevábamos allí mucho tiempo cuando uno de los comisarios de caridad y el doctor MacDonald, de la isla de Ward, se unieron a nosotros. Uno de los miembros del jurado me contó que en una conversación con un hombre sobre el manicomio, oyó que habían sido notificados de nuestra llegada una hora antes de desembarcar en la isla. Debió de haber sido mientras el Gran Jurado examinaba el centro de Bellevue.

El viaje a la isla fue muy diferente al primero que hice. Esta vez fuimos en un barco limpio y nuevo, mientras que el otro, en el que había viajado la otra vez, dijeron que estaba siendo reparado.

Algunas de las enfermeras fueron examinadas por el Gran Jurado, y ofrecieron declaraciones contradictorias entre ellas y respecto a mi historia. Confesaron que la visita planeada del jurado había sido comentada entre ellas y el doctor. El doctor Dent declaró que no tenía modo alguno de asegurar si el baño estaba frío y del número de mujeres lavadas con la

misma agua. Sabía que la comida no era como debería, pero dijo que era debido a la falta de fondos.

Si las enfermeras eran crueles con las pacientes, ¿tenía él manera de saberlo? No, no la tenía. Dijo que no todos los médicos eran competentes, algo que también se debía a la falta de medios para asegurar buenos doctores. Al hablar conmigo dijo:

—Me alegra que hayas hecho esto, y si hubiese conocido tus intenciones te habría ayudado. No tenemos forma de saber cómo funcionan las cosas si no es como tú hiciste. Desde que se publicó tu historia descubrí que una enfermera del retiro tenía guardias organizadas para avisar de nuestra llegada, justo como dijiste. Fue despedida.

Trajeron a la señorita Anne Neville y fui hasta la sala para encontrarme con ella, sabiendo que tantos caballeros la alterarían, a pesar de que estuviera cuerda. Resultó como temía. Las asistentes le habían dicho que iba a ser examinada por un grupo de hombres, y temblaba de miedo. Aunque la había dejado sólo hacía dos semanas, parecía que hubiese sufrido una seria enfermedad, tan cambiada estaba. Le pregunté si había tomado alguna medicina, y contestó afirmativamente. Entonces le dije que lo que quería que hiciera era contarle al jurado lo que habíamos hecho desde que nos llevaron al sanatorio, de modo que se convencieran de que estaba cuerda. Ella me conocía como la señorita Nelly Brown e ignoraba por completo mi historia.

No hizo juramento, pero su historia debió de convencer a todos los que escuchaban acerca de la veracidad de mis afirmaciones.

—Cuando la señorita Brown y yo fuimos traídas aquí, las enfermeras fueron crueles y la comida era demasiado mala como para comerla. No teníamos suficiente ropa, y la señorita Brown siempre estaba pidiendo que le dieran más. La encontré muy bondadosa, pues siempre que un doctor le prometía más ropa decía que me la daría a mí. Es extraño, pero desde que se llevaron a la señorita Brown todo es diferente. Las enfermeras son muy amables y nos dan mucha ropa. Los doctores vienen a vernos más a menudo y la comida ha mejorado mucho.

¿Necesitábamos más pruebas?

Los miembros del jurado visitaron entonces la cocina. Estaba muy limpia, y había dos barriles de sal bien visibles cerca de la puerta. El pan que se exhibía era de una blancura sublime y muy diferente al que nos daban para comer.

Encontramos las salas perfectamente limpias. Las camas habían mejorado, y en la sala 7 los cubos en los que nos obligaban a lavarnos habían sido reemplazados por nuevos lavabos.

La institución se estaba exhibiendo, y no podía encontrarse falta alguna.

Pero las mujeres de las que había hablado ¿dónde estaban? No se veía a ninguna donde las había dejado. Si mis afirmaciones no eran ciertas con respecto a esas pacientes, por qué habrían de ser trasladadas, ¿para que fuese imposible encontrarlas? La señorita Neville se quejó ante el jurado de que la habían trasladado en varias ocasiones. Cuando visitamos el pabellón más tarde, la habían devuelto a su antiguo lugar.

Mary Hughes, de la que dije que parecía estar cuerda, no aparecía por ningún lado. Algunos familiares se la habían llevado. Adonde, no lo sabían. La mujer de piel clara de la que escribí que había sido allí enviada por ser pobre, había sido llevada, según decían, a otra isla. Negaron conocer a la chica mexicana, y dijeron que nunca habían tenido tal paciente. La señora Cotter había sido liberada, y Bridget McGuinness y Rebecca Farron habían sido trasladadas a otro pabellón. A la chica alemana, Margaret, era imposible encontrarla, y Louise había sido enviada a otro lugar lejos de la sala 6. La francesa, Josephine, una mujer excelente y sana, se moría de parálisis, decían, y no podríamos verla. Si mi juicio sobre la cordura de aquellas pacientes era equivocado, ¿por qué hacían todo aquello? Vi a Tillie Mayard, y había cambiado tanto que me puse a temblar al verla.

Apenas esperaba que el Gran Jurado me apoyase después de haber visto lo diferente que era aquello respecto a cuando yo había estado. Pero lo hizo, y su informe al tribunal aconsejaba hacer todos los cambios que yo había propuesto.

De modo que al menos me consuela saber que debido a la fuerza de mi historia el comité de presupuestos dona un millón de dólares adicional al año por el bien de los enfermos mentales.

ESTAMPAS DIVERSAS

Tratando de ser sirvienta

Mi extraña experiencia en dos agencias de empleo

Nadie sino los iniciados saben qué gran problema es el de los sirvientes y cuánta perplejidad esconde. Las amas y las sirvientas, por supuesto, tienen el rol protagonista. Después, en papeles menores pero aún importantes, se encuentran las agencias, que a pesar de las numerosas voces que claman en su contra se autodeclaran benefactoras públicas. Incluso el «comediante» consigue tener un espacio en la materia. Es un asunto serio, ya que afecta a todo aquello que uno aprecia en la vida: la cena, la cama y la ropa blanca. He oído tantas historias de amas que sufren, sirvientas agotadas, agencias y abogados, que determiné investigar el asunto por satisfacción propia. Sólo había una forma de hacerlo. Esto es hacerme pasar por sirvienta y solicitar un puesto de trabajo. Sabía que me pedirían «referencias», y como nunca había probado mis habilidades en este tipo de trabajo no sabía cómo conseguir las. Aun así, era imposible que una nimiedad como las «referencias» me detuviese en mi labor, y no iba a pedir a ningún amigo que se comprometiera a ayudarme en mis esfuerzos. «Muchas chicas deben trabajar en esto sin referencias, pensé», y esto me animó a asumir el riesgo.

El lunes por la tarde llegó una carta a la oficina del *World* remitida por un abogado. Se quejaba de una agencia a la que uno de sus clientes había pagado por una sirvienta, ya que el agente se negó más tarde a entregarle a la chica. Decidí que aquella tienda sería mi primer ensayo. Vestida para parecer lo que quería representar, caminé por la Cuarta Avenida hasta el número 69, el lugar que buscaba. Era un edificio bajo que mostraba signos evidentes de ser antiguo. La sala de la primera planta estaba llena de un conglomerado de artículos que le daban aspecto de una tienda de segunda mano. En una puerta lateral, apoyado contra la pared, había un gran cartel que avisaba a los transeúntes de que aquella era la entrada de la «Agencia de Sirvientas Germania». Sobre un tablón recto y azul que estaba clavado a

la ventana de la segunda planta, estaba escrita con grandes letras blancas la ominosa palabra «Sirvientas».

Entré por la puerta lateral, y como delante de mí no había nada sino la sala sucia y sin moqueta y una estrecha y desvencijada escalera, continué hacia mi destino. Pasé por dos puertas cerradas, y en la tercera vi la palabra «Oficina». No llamé, sino que giré el pomo y, como estaba atascada, empujé con el hombro. Cedió, y también yo, de modo que comencé mi carrera de sirvienta tambaleándome. Era una pequeña habitación con el techo bajo, una polvorienta alfombra y papel barato en las paredes. Una pesada barandilla y un alto escritorio y mostrador que dividían la habitación le daban el aspecto de una comisaría. En las paredes había colgados anuncios de compañías de barcos de vapor y mapas. Sobre el mantel, que estaba decorado con dos bustos de escayola, había un trozo cuadrado de papel. Leí las grandes letras negras que allí había con el corazón encogido: «¡¡Se investigarán las referencias!!». Si hubiera sido escrito sin exclamaciones y de manera más sencilla, o con sólo una exclamación..., pero que fueran dos me hacía temer. Era una garantía de expiración de la idea que había albergado: escribirme las referencias si pedían alguna.

Una joven que estaba de pie mirando al suelo junto a la ventana se giró de repente para mirar a la recién llegada. Un hombre que aparentemente había estado hablando con ella se acercó a toda prisa al escritorio. Era un hombre de talla media, con ojos afilados y grises, calvo y con un largo abrigo negro abotonado hasta arriba que marcaba para su desgracia sus redondeados hombros.

—¿Y bien? —me dijo de manera inquisitiva mientras me observaba rápidamente de arriba abajo.

—¿Es usted el hombre que consigue trabajo para las chicas? —pregunté como si allí hubiera otro hombre.

—Sí, soy yo. ¿Quieres un empleo? —preguntó con un decidido acento alemán.

—Sí, quiero un empleo.

—¿Cuál ha sido tu último empleo?

—Oh, he sido camarera. ¿Cree que podrá conseguirme un trabajo?

—Sí, claro —contestó—. Eres una chica guapa y podré conseguirte pronto un empleo. Justo el otro día le conseguí a una chica un trabajo por 20 dólares al mes, simplemente porque era guapa. Muchos caballeros, y también damas, pagan más cuando las chicas son bonitas. ¿Dónde realizaste tu último empleo?

—Trabajé en Atlantic City —contesté pidiendo mentalmente perdón.

—¿No tienes referencias de la ciudad?

—No, ninguna. Pero quiero un trabajo en esta ciudad, por eso vine.

—Bueno, te puedo conseguir empleo, no te preocupes, tan sólo unos pocos son muy quisquillosos con lo de las referencias.

—¿No tiene ningún lugar adonde me pueda enviar ahora mismo? —dije decidida a conseguir mi propósito tan pronto como fuera posible.

—Tienes que pagar para que introduzcamos primero tu nombre en nuestro libro —dijo abriendo un gran libro—. ¿Cómo te llamas?

—¿Cuánto vale? —pregunté para poder decidir mi nombre mientras tanto.

—El uso de la oficina cuesta un dólar por mes, y si consigo que tengas un buen salario pagarás más.

—¿Cuánto más?

—Eso dependerá de tu salario —dijo evasivo—. ¿Tu nombre?

—A ver, ¿si le doy un dólar me asegurará un trabajo?

—Por supuesto, por eso estoy aquí.

—¿Y me garantiza trabajar en la ciudad? —insistí.

—Oh, por supuesto, por supuesto. Para eso está esta agencia. Te conseguiré un empleo, eso es seguro.

—De acuerdo, le daré un dólar, un montón de dinero para una chica sin trabajo. Me llamo Sally Lees.

—¿Qué trabajo pongo que buscas? —preguntó.

—Oh, cualquiera —contesté con una generosidad que incluso a mí me sorprendió.

—Entonces pondré asistenta, camarera, enfermera o costurera.

De modo que mi nombre, o el que me había inventado, fue escrito en el libro, y mientras le pagaba el dólar le informé de que si me conseguía un

empleo inmediatamente estaría encantada de darle más dinero. Aquello le puso contento, y me dijo que me anunciaría por la mañana.

—¿Entonces no necesita a nadie ahora mismo?

—Tenemos suficientes empleos, pero no ahora mismo. Todos llegan por la mañana. Es demasiado tarde. ¿Dónde te alojas?

En aquel instante entró en la habitación procedente de la parte trasera una mujer con un vestido azul y un pequeño chal negro sobre los hombros. También me miró descaradamente, como si fuese un artículo a la venta, mientras el hombre le contaba en alemán todo lo que sabía de mí.

—Puedes quedarte aquí —dijo ella con un acento muy fuerte, después de enterarse de que no tenía amigos en la ciudad—. ¿Dónde está tu equipaje?

—Dejé el equipaje en el lugar donde me quedaré esta noche —contesté.

Intentaron convencerme de que me alojara en su casa. Sólo dos dólares y medio a la semana con pensión incluida, o 20 centavos de dólar por noche sólo la cama. Insistieron en que a ellos les era indiferente, pero que tendría más oportunidades de conseguir trabajo si siempre estaba allí. Era por mi propio bien, me sugerían. Le eché un vistazo al cuarto aledaño y lo que vi me convenció de que dormiría en cualquier otro lugar.

Al acercarse la noche vi que no iban a tener más solicitudes de sirvientas aquella tarde, y tras preguntar a qué hora debía volver por la mañana les pedí un recibo de lo que había pagado.

—No hace falta que te pongas tan quisquillosa —dijo enfadado.

Pero insistí, hasta que se vio obligado a acceder a mis peticiones. Como recibo no era mucho. Simplemente escribió en la parte de atrás de la tarjeta de visita de la agencia: «Sally Lees ha pagado un dólar. Válido por un mes de uso de la oficina 69 de la Cuarta Avenida».

A la mañana siguiente, sobre las diez y media, aparecí en la agencia. En la habitación había ocho o diez muchachas, y el hombre que se había embolsado mi comisión la tarde anterior aún adornaba el trono detrás del escritorio. Nadie dijo buenos días, o nada que se le pareciera, de modo que silenciosamente me senté en una silla cerca de la puerta. Las chicas iban vestidas de manera cómoda, y parecía que hubiesen disfrutado de un contundente desayuno. Todas estaban sentadas en silencio, con aspecto

soñoliento en el rostro, excepto dos que estaban de pie junto a la ventana observando la multitud que pasaba y susurrando entre ellas. Quise estar con ellas, o al menos más cerca, de modo que pudiese oír lo que se decían. Tras esperar un rato decidí hacerle ver a aquel hombre que quería trabajo, no descansar.

—¿No tiene ningún empleo para mí ahora?

—No, pero te he anunciado en el periódico —y me pasó el *Tribune* del 25 de octubre señalando el siguiente anuncio:

«CUIDADOS, etc. — Por una muchacha inglesa excelente y muy limpia, enfermera, costurera, camarera y asistenta, también maquilladora. Acudan al 69 de la Cuarta Avenida. No se contestarán tarjetas»

Ahogué una carcajada mientras leía cómo me había anunciado, y me pregunté cuál sería mi papel la próxima vez. Comencé a tener esperanzas de que alguien llamara en busca de la chica excelente, pero al ver que entraba un anciano caballero deseé de igual modo que no me estuviese buscando. Estaba disfrutando demasiado de mi posición, y temía que no pudiese guardar la seriedad si alguien comenzaba a preguntarme. ¡Pobre anciano! Miró alrededor como perdido, como si no supiese qué hacer. El agente no le dejó mucho tiempo con la duda.

—¿Quiere una chica, señor?

—Sí, mi mujer ha leído un anuncio en el *Tribune* esta mañana, y me ha enviado a ver a la chica.

—Sí, sí, una chica excelente, señor, venga conmigo —abrió las compuertas y le dio una silla al señor detrás del alto mostrador—. Ven aquí, Sally Lees —y señaló una silla junto al anciano.

Mientras me sentaba no pude evitar reírme por dentro y el agente se inclinó hacia delante. El anciano me miró nervioso, y tras aclararse la garganta varias veces y tartamudear un poco, consiguió decir:

¿Tú eres la chica que quiere trabajar? —Y después de que yo asintiera añadió—: Por supuesto, sabrás hacer todas esas cosas, ¿sabes lo que se requiere de una chica?

—Oh, claro que lo sé —contesté con confianza.

—Sí, bien, ¿cuánto quieres ganar al mes?

—Bueno, lo que sea —dije mirando al agente en busca de ayuda.

Entendió mi mirada, pues comenzó a toda prisa:

—Catorce dólares al mes, señor. Es una chica excelente: buena, limpia, veloz y muy dispuesta.

Me quedé asombrada por lo bien que conocía mis cualidades, pero mantuve un silencio altivo.

—Sí, sí —dijo el visitante meditabundo—. Mi mujer sólo paga diez dólares al mes, y después, si la chica lo merece, está dispuesta a pagar más. No podría decirle, ¿sabe...?

—Aquí no tenemos chicas de diez dólares, señor —dijo el agente con dignidad—. No se puede obtener una chica honesta, limpia y respetable por ese dinero.

—Hum, sí, bueno, esta chica tendrá buenas referencias supongo.

—Claro que sí, lo sé todo sobre ella —dijo el agente diligente y lleno de confianza—. Es una chica excelente y le puedo dar una referencia personal inmejorable, la mejor de las referencias.

Allí estaba yo, una desconocida para el agente. Por lo que sabía, bien podía ser una timadora, una ladrona o una persona malvada, y sin embargo el dependiente juraba tener buenas referencias personales.

—Bueno, vivo en Bloomfield, en Nueva Jersey, y sólo somos cuatro en la familia. Supongo que sabrás lavar y planchar, ¿no? —dijo el hombre girándose hacia mí.

Antes de que tuviera tiempo de asegurarle mis maravillosas destrezas en ese campo, el agente se interpuso.

—No es esta la chica que anda buscando. No señor, esta chica no hace tareas domésticas de carácter general. Esta es la que busca —dijo trayendo a otra—. Ella sí hace tareas generales —y comenzó a recitar una larga lista de sus virtudes, que eran similares a las que me había dedicado a mí.

El visitante se puso muy nervioso y comenzó a insistir en que no podría elegir a una chica hasta que su mujer la viese primero.

Entonces el agente, al ver que era imposible hacer que se llevara a una chica, intentó convencerlo para que se uniera a la oficina.

—El uso de la oficina tan sólo le costará dos dólares durante un mes — le insistió, pero el visitante comenzó a ponerse más nervioso y a avanzar hacia la puerta.

Pensé que estaba asustado porque era una agencia, y me divertí escuchar con qué seriedad insistía en que no se atrevía a emplear a una chica sin el consentimiento de su mujer.

Tras la huida del visitante todas volvimos a nuestras posiciones y esperamos a que llegara otro cliente. Quien llegó era una chica irlandesa pelirroja.

—Pero bueno, ¿de nuevo estás aquí? —Fue el saludo dispensado.

—Sí. Esa mujer es horrorosa. Ella y su marido se pelean todo el tiempo, y el cocinero le contaba chismes a la ama. Ni muerta viviría en esa casa. «Una lavandera espléndida, de buen carácter, no necesita estar en tales sitios», les dije. La mujer de la casa me hacía lavar cada dos días, después quería que me vistiese como una doncella y que llevase cofia en el trabajo. No es nada bueno que una lavandera vaya toda arreglada mientras trabaja, así que me fui.

La tormenta apenas había pasado cuando otra chica de fieros rizos apareció. Era de rostro agraciado y al observarla detenidamente parecía despierta.

—¿Así que también tú vuelves? Eres un incordio —dijo el agente.

Sus ojos relampaguearon al contestar.

—Oh, un incordio, ¿eh? Así que le quita el dinero a una chica pobre para después decirle que es un incordio. No era un incordio cuando cogió mi dinero, y ¿dónde está el empleo? He andado por toda la ciudad hasta gastar los zapatos y el dinero en taxis. ¿Así es como trata a las chicas pobres?

—No tenía intención de ofenderte al decir que eras un incordio. Era sólo una broma —intentó explicar el agente.

Tras un rato la chica se calmó.

Llegó otra mujer y le dijo que como no había aparecido el día anterior no podía esperar que se le diera un trabajo. Se negó a avisarla si salía algo. Entonces un mensajero llegó y dijo que la señora Vanderpool, del número 36 de la calle 39 Oeste, quería a la chica anunciada en el periódico de la

mañana. Enviaron a la irlandesa número 1, y volvió, tras una ausencia de varias horas, para decir que la señora Vanderpool había dicho cuando supo de dónde venía que sabía muy bien los tejemanejes de las agencias, y que no iba a aceptar una mujer que viniera de uno de esos negocios. La chica abotonó los zapatos de la señora Vanderpool y volvió a la agencia para retomar la espera.

Por fin conseguí que una de las chicas, Winifred Friel, me hablara. Dijo que había estado esperando varios días, y que aún no había conseguido empleo. La agencia tenía un lugar fuera de la ciudad al que habían intentado llevar a chicas que no querían salir de la urbe. Era extraño que nunca hubieran ofrecido ese empleo a las mujeres que habían dicho que estaban dispuestas a trabajar en cualquier sitio. Winifred Friel quería ese trabajo, pero no le permitieron ir. Entonces insistieron en que yo lo aceptara.

—Bueno, verás, si no lo aceptas dudo que consigas un empleo este invierno —dijo enfadado el agente cuando vio que yo no iba a salir de la ciudad.

—Usted me prometió que me conseguiría un empleo en la ciudad.

—Eso no importa ahora. Si no aceptas lo que te ofrezco no conseguirás nada —dijo con indiferencia.

—Entonces deme mi dinero —repuse.

—No, no te lo voy a dar. Eso se queda en la oficina.

Insistí, pero fue inútil, de modo que me marché de la agencia para no volver.

En mi segundo día decidí apuntarme en otra agencia, de modo que fui a la de la señora Seely, en el número 68 de la calle 22. Pagué la tarifa de un dólar y me llevaron a una tercera planta, a una pequeña oficina que estaba tan llena de mujeres que parecíamos sardinas en lata. Tras hacerme sitio a empujones fui incapaz de moverme, de tan apretujadas como estábamos. Se acercó una mujer y llamándome «esa chica alta» me dijo con malos modos que como era nueva era inútil que esperase allí. Algunas de las chicas me dijeron que la señora Seely siempre estaba enfadada con ellas, y que no me tomara a pecho el comentario. ¡Qué endiabladamente estrechas eran aquellas habitaciones! Conmigo éramos cincuenta y dos, y las otras dos salas estaban igual de llenas, según pude observar. Aparte, las escaleras y

los pasillos también estaban llenos de gente. Para mí fue una nueva visión de la vida. Algunas chicas reían, otras estaban tristes, algunas dormían, algunas comían, otras leían, y todas esperaban desde la mañana a la noche una oportunidad de ganarse la vida. Llevaban esperando mucho tiempo. Una chica llevaba así dos meses, otras semanas o días. Te alegrabas al ver la mirada de esperanza cuando una chica iba a ver a una mujer, pero era triste verla volver diciendo que no la habían escogido porque llevaba flequillo o estaba peinada de manera incorrecta, o porque parecía biliosa, o porque era demasiado alta o demasiado baja, demasiado gorda o demasiado flaca. Una pobre mujer no pudo obtener trabajo porque iba de luto, y así seguían las objeciones.

Durante el día no tuve ninguna oportunidad, y decidí que no podría soportar una segunda jornada en aquella manada humana, de modo que poniendo una excusa me marché y abandoné el plan de ser sirvienta.

Nellie Bly de esclava blanca

*Mi experiencia en el papel de una dependienta
neoyorquina haciendo cajas de papel*

Empecé la otra mañana muy temprano, y no con los hedonistas, sino con aquellos que trabajan todo el día para poder vivir. Todo el mundo tenía prisa, chicas de todas las edades y apariencias y hombres apresurados, y yo avanzaba como una más de la multitud. A menudo había sentido curiosidad por esas historias de bajos salarios y trato cruel que a menudo cuentan las chicas trabajadoras, por lo que comencé a buscar trabajo sin experiencia, referencias ni nada que me ayudase.

Fue una búsqueda extenuante, por decir algo. Si mi sustento hubiese dependido de ello, habría sido desalentador, casi enloquecedor. Fui a un gran número de fábricas de las calles Bleecker y Grand, y por la Sexta Avenida, donde los obreros crecen por cientos.

—¿Sabes hacer el trabajo? —Es lo que todos me preguntaban.

Cuando contestaba que no, no me prestaban más atención.

—Estoy dispuesta a trabajar gratis hasta que aprenda —contestaba.

—¡Trabajar gratis! Ni aunque nos pagaras te queríamos aquí —dijo uno.

—No llevamos este negocio para enseñar a las mujeres —dijo otro contestando a mi petición de trabajo.

—Bueno, ¿cómo se aprende si no se nace sabiendo? —pregunté.

—Las chicas siempre tienen alguna amiga que quiere aprender. Si desean perder tiempo y dinero enseñando no nos oponemos, pues hace el trabajo de la aprendiz a cambio de nada.

No hubo modo de persuadir a nadie para entrar a trabajar en las grandes fábricas, de modo que intenté alguna más pequeña en el número 196 de Elm Street. En contraste con los hombres bruscos y antipáticos que había encontrado en las otras fábricas, el hombre de esta era muy educado.

—Si nunca has hecho este trabajo, no creo que te guste. Es un trabajo sucio, y una chica ha de estar años haciéndolo para sacar algún dinero.

Nuestras aprendizas son chicas de dieciséis años, y durante dos semanas no se les paga.

—¿Qué pueden hacer después?

—A veces las contratamos por trabajos semanales, un dólar y medio a la semana. Cuando son competentes cobran por pieza, es decir, se les paga por cada cien piezas.

—¿Cuánto ganan entonces?

—Una buena trabajadora puede ganar entre cinco y nueve dólares a la semana.

—¿Tiene a muchas chicas aquí?

—Tenemos unas sesenta en el edificio, y unas cuantas que se llevan el trabajo a casa. Sólo llevo en el negocio unos meses, pero si crees que te gustaría probar puedo hablar con mi socio. Lleva con algunas de sus chicas once años. Siéntate mientras lo voy a buscar.

Abandonó la oficina y pronto lo oí hablar sobre mí en algún lugar. Parecía ansioso por que se me diera una oportunidad. Pronto volvió acompañado por un hombre bajito con acento alemán. Se quedó de pie junto a mí sin hablar, de modo que repetí mi petición.

—Está bien, dile tu nombre al caballero del escritorio y ven el lunes por la mañana. Veremos lo que podemos hacer contigo.

Y de este modo fue como comencé a salir temprano por las mañanas. Me había puesto un vestido de paño para trabajar que iba bien con el empleo elegido. En un pequeño paquete cubierto con papel marrón y una mancha de grasa en el centro iba mi almuerzo. Suponía que todas las chicas trabajadoras llevaban el almuerzo, e intentaba dar la impresión de que estaba acostumbrada a aquello. De hecho, consideré que el almuerzo era una especie de revelador retazo de mente concienzuda en mi nuevo papel, y miraba con algo de orgullo, mezclado con cierta aprensión, la mancha de grasa que gradualmente se agrandaba.

Aunque era muy temprano vi que todas las chicas estaban ya trabajando. Pasé por un pequeño patio donde había carros aparcados para acceder a la única entrada de la oficina. Tras pedir excusas al caballero del escritorio, éste llamó a una chiquita atractiva que tenía el delantal lleno de papel maché, y dijo:

—Lleva a esta señorita a ver a Norah.

—¿Va a trabajar en cajas o en cornucopias?

—Dile a Norah que la ponga en cajas.

Detrás de mi pequeña guía, subí las escaleras más estrechas, oscuras y perpendiculares que había tenido la desgracia de ver. Avanzamos sin parar a través de pequeños cuartos, llenos de mujeres trabajando, hasta la planta más alta, la cuarta o la quinta, ya lo he olvidado. En cualquier caso, cuando llegué estaba sin resuello.

—Norah, aquí hay una señorita para cajas —dijo mi pequeña guía.

Todas las chicas que rodeaban las largas mesas se giraron para mirarme con curiosidad.

La chica de pelo castaño a la que llamaban Norah alzó los ojos de la caja que estaba elaborando y contestó:

—Mira a ver si la compuerta está abierta y dile dónde tiene que poner su ropa.

Entonces la jefa le ordenó a una de las chicas que «consiguiese una banqueta para la señorita», y se sentó frente a una gran mesa sobre la que había apilados muchos cuadrados de cartón con etiquetas en el centro. Norah desplegó largas franjas de papel sobre la mesa, cogió una brocha, la hundió en un cubo lleno de cola y la restregó sobre el papel. Después cogió uno de los cuadrados de cartón y pasándole el pulgar con destreza dobló los bordes hacia arriba. Una vez hecho esto, tomó una de las tiras de papel y la puso rápida y pulcramente sobre la esquina, uniendo las dos partes. Cortó rápidamente el papel por el borde con la uña y giró el objeto para confeccionar la siguiente esquina. Pronto descubrí que estaba haciendo la tapa de una caja. Parecía muy fácil, y enseguida fui capaz de hacer una. Observé que el trabajo se aprendía con facilidad, pero que era bastante desagradable. La sala no estaba ventilada, y la cola lo apestaba todo. Las pilas de cajas hacían imposible conversar con las chicas, excepto con una aprendiz, Therese, que se sentaba a mi lado. Al principio se mostró muy tímida, pero después de unas cuantas preguntas estuvo más comunicativa.

—Vivo en Eldrige Street con mis padres. Mi padre es músico, pero se niega a salir a la calle a tocar. Casi nunca consigue contratos. Mi madre está enferma casi todo el tiempo. Tengo una hermana que trabaja en una

pasamanería. Gana entre tres y cinco dólares a la semana. Otra de mis hermanas ha estado enrollando seda en la calle 23 durante cinco años. Gana seis dólares a la semana. Cuando llega a casa por la noche trae la cara, las manos y el pelo del color de la seda con la que trabaja durante el día. La pone enferma, y siempre toma medicinas.

—¿Has trabajado antes?

—Oh, sí. Solía trabajar en la pasamanería de Spring Street. Trabajaba de siete a seis, a destajo, y ganaba tres dólares y medio a la semana. Lo dejé porque los jefes no eran nada amables, y sólo teníamos tres lámparas de aceite para iluminarnos. Los cuartos eran muy oscuros, pero nunca nos permitían subir el gas. Solían ir damas que se llevaban el trabajo a casa. Lo hacían por poco dinero, por el placer de hacerlo, de modo que al resto no nos pagaban demasiado.

—¿Qué hiciste después de marcharte de allí? —le pregunté.

—Trabajé en una fábrica alejada, en Canal Street. El sitio lo regentaba una mujer y se portaba fatal con las chicas. No hablaba nuestro idioma. Trabajé una semana de ocho a seis, con sólo media hora para cenar, y al final de la semana tan sólo me pagó 35 centavos, de modo que me fui.

—¿Te gusta la fábrica de cajas?

—Bueno, los jefes parecen muy amables. Siempre me dicen buenos días, algo que nunca me había pasado en ningún otro sitio. Pero es duro para una chica pobre trabajar dos semanas gratis. Ya llevo casi dos semanas, y he trabajado mucho. Todo se lo llevan los jefes. Dicen que a menudo echan a las chicas después de las dos semanas con la excusa de que no lo hacen bien. Después voy a ganar un dólar y medio a la semana.

Cuando los silbatos de las fábricas de alrededor sonaron a las doce, la capataza nos dijo que podíamos dejar el trabajo y almorzar. No me sentí tan orgullosa por mi astucia en cuanto a simular ser una chica trabajadora cuando una de las mujeres me dijo:

—¿Quieres encargarte de algo de comida?

—No, me la he traído de casa —contesté.

—¡Oh! —exclamó con cierto tono de complicidad y una sonrisa divertida.

—¿Pasa algo? —pregunté como respuesta a su sonrisa.

—Oh, no —respondió de inmediato—. Es que las chicas siempre se ríen de toda la que lleva una cesta. Ninguna chica trabajadora trae el almuerzo o una cesta. Ya no está de moda porque la identifica de inmediato como trabajadora. Me gustaría llevar una cesta, pero no me atrevo, se reirían mucho de mí.

Las chicas encargaron comida y los pregunté el precio. Por cinco centavos conseguían una pinta de café con azúcar y leche si así lo deseaban. Dos centavos para tres rebanadas de pan con mantequilla. Tres centavos un bocadillo. En muchas ocasiones las chicas reúnen todo el dinero que tienen y se compran una buena comida. Un tazón de sopa por cinco centavos da para cuatro chicas. Asociándose consiguen comprar comida caliente.

A la una ya estábamos de vuelta en el trabajo. Había terminado sesenta y cuatro tapas, y como el suministro se había agotado fuimos enviadas a «moldear». Esto consiste en aplicar el fondo a los laterales y pegarlo. Al principio es bastante difícil hacer que todos los bordes coincidan perfectamente, pero tras un poco de experiencia se consigue fácilmente.

Mi segundo día me pusieron en una mesa con algunas chicas nuevas, e intenté que hablaran. Me sorprendió descubrir que no les gustaba decir su nombre, dónde vivían o cómo. Traté por todos los medios de conocer alguna mujer para que me invitara a su casa, pero no lo conseguí.

—¿Cuánto puede ganar aquí una chica? —le pregunté a la capataza.

—No lo sé —contestó—. No se lo cuentan unas a otras y son los jefes los que llevan el tiempo que cada una trabaja.

—¿Lleva usted mucho aquí trabajando?

—Sí, llevo aquí ocho años, y en ese tiempo he enseñado a mis tres hermanas.

—¿Es rentable el trabajo?

—Bueno, eso va poco a poco. Una chica ha de tener muchos años de experiencia antes de que pueda trabajar lo suficientemente deprisa como para ganar bastante dinero.

Todas las chicas parecían felices. Durante el día conseguían que el pequeño edificio resonase con sus cantos. Una canción comenzaba en la segunda planta, por ejemplo, y cada planta la retomaba sucesivamente, hasta que todas cantaban. Casi siempre se mostraban amables unas con

otras. Las pequeñas peleas no duraban mucho, ni eran muy enconadas. Todas fueron extremadamente amables conmigo, e hicieron todo lo posible para que mi trabajo fuese placentero y sencillo. Me sentí bastante orgullosa cuando pude completar mi primera caja.

Había dos chicas en una mesa que trabajaban a destajo y que habían estado en muchas fábricas de cajas, por lo que tenían mucha experiencia.

—A las mujeres no se les paga ni la mitad de lo que se merecerían en ningún trabajo. Las fábricas de cajas no son peores que el resto de los empleos. No sé lo que tiene que hacer una chica para ganar más de seis dólares a la semana trabajando duro. Y con eso nadie puede vestirse ni pagar un alojamiento.

—¿Dónde viven esas chicas? —pregunté.

—Hay pensiones en Bleecker y en Houston, y cerca de esos lugares, donde se puede conseguir una habitación y comida por tres dólares con cincuenta a la semana. Puede que la habitación sea para dos y sólo tenga una cama o que sea para doce, según el tamaño. No tienen ninguna comodidad o lujo, y por regla general hay hombres indeseables alojados en el mismo lugar.

—¿Por qué no viven en esas casas donde se alojan chicas trabajadoras?

—Esos hogares son un fraude. No hay manera de conseguir comodidades, y encima hay demasiadas restricciones. Cuando se trabaja todo el día una tiene que divertirse de algún modo, y esa diversión no hay manera de encontrarla en esas casas.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando en fábricas de cajas?

—Once años, y no puedo decir que ello me haya permitido ganarme bien la vida. De media gano cinco dólares a la semana. Pago tres y medio de alojamiento, y la lavandería me cuesta al menos setenta y cinco centavos. ¿Cabría esperar que alguien se pueda vestir con lo que sobra?

—¿Cuánto te pagan por las cajas?

—Cincuenta centavos por cien cajas de caramelos de una libra, y cuarenta centavos por cien cajas de media libra.

—¿Qué es lo que haces para que te paguen eso?

—Todo. Corto el cartón en cuadrados igual que has hecho tú. Primero preparo la tapa, después moldeo el fondo. Así formo la caja. Después hago

los arreglos, es decir, pongo el borde dorado alrededor de la lapa. Después viene la «cobertura con tiras» (cubrir el borde de la tapa), a lo que sigue la etiqueta superior, y con eso se acaba la tapa. Luego envuelvo la caja en papel, pongo la etiqueta del fondo y coloco dos o cuatro lazos (de papel) en el interior, según me digan. Así que como ves una caja pasa por mis manos ocho veces antes de que esté acabada. Tengo que trabajar muy duro y sin parar para poder hacer doscientas cajas al día, y con eso sólo consigo un dólar. No es suficiente. Manejo doscientas cajas mil seiscientas veces por un dólar. Trabajo barato, ¿eh?

Una chica muy inteligente, Maggie, que se sentaba enfrente de mí, me contó una historia que me encogió el corazón.

—Ésta es mi segunda semana aquí —dijo— y por supuesto no recibiré paga alguna hasta la semana que viene. Entonces voy a ganar un dólar y medio por seis días de trabajo. Mi padre era conductor antes de caer enfermo. No sé qué pasa, pero el médico dice que se va a morir. Antes de irme esta mañana me dijo que morirá pronto. Casi ni he podido trabajar. Soy la hija mayor, y tengo un hermano y dos hermanas más jóvenes. Tengo dieciséis años y mi hermano doce. Él gana dos dólares a la semana de oficinista en una fábrica de cajas de puros.

—¿Pagáis mucho alquiler?

—Tenemos dos habitaciones en una casa de Houston Street. Son pequeñas, con techos bajos, y en la misma casa hay muchos chinos. Por las habitaciones pagamos catorce dólares al mes. No tenemos mucho para comer, pero a mi padre no le importa porque él no puede comer. No podríamos sobrevivir si mi padre no pagase el alquiler.

—¿Has trabajado antes?

—Sí, en una ocasión trabajé en una fábrica de alfombras en Yonkers. Sólo tuve que trabajar una semana hasta que aprendí; después trabajé a destajo a un dólar al día. Cuando mi padre se puso enfermo mi madre quiso que volviese a casa, pero ahora que vemos que gano tan poco, les gustaría que me hubiera quedado en el otro lugar.

—¿Por qué no pruebas alguna otra cosa?

—Quise, pero no encontré nada. Mi padre me envió al colegio hasta los catorce años, de modo que pensé que podría ser operadora de telégrafos.

Fui a un establecimiento de la calle 23, donde enseñan, pero el dueño dijo que no me daría ni una lección si no pagaba cincuenta dólares por adelantado. No podía pagar.

Hablé entonces del Cooper Institute, que creía que todos los neoyorquinos sabían que estaba para ese tipo de casos. Me asombró saber que todas las trabajadoras que me rodeaban desconocían por completo lo que era el Cooper Institute.

—Si mi padre hubiese sabido que hay una escuela gratuita, me hubiera enviado allí —dijo una.

—Yo iría por las tardes —dijo otra—, si hubiese sabido de tal lugar.

De nuevo se pusieron a quejarse de lo injusta que era la paga, y de algunos sitios donde no les habían pagado lo que les debían. Yo les hablé de la misión de los Caballeros del Trabajo, y la nueva organización para mujeres. Todas se sorprendieron al escuchar que hubiera un modo de ayudar a las mujeres a conseguir justicia. Les eché un sermón sobre la inutilidad de tales sociedades si no se adentraban en el mismo corazón de las fábricas.

Una chica que trabajaba en el piso de abajo dijo que no se les permitía decir lo que ganaban. Sin embargo, llevaba allí cinco años, y no ganaba más de cinco dólares a la semana. La propia fábrica era un lugar muy poco apropiado para mujeres. Los cuartos eran pequeños y no había ventilación. En caso de incendio no había escapatoria.

El trabajo era agotador, y después de haber aprendido todo lo que pude de aquellas reticentes muchachas estaba ansiosa por marcharme. Noté ciertas peculiaridades en mi camino hacia y desde la fábrica. Me di cuenta de que los hombres ofrecían su sitio a las chicas trabajadoras en los coches antes que a las damas bien vestidas. Otra cosa que noté fue que hubo muchos más hombres flirteando conmigo que nunca antes. Las chicas tenían buenos modales, y eran tan educadas como las que se quedaban en casa. Nunca se olvidaban de agradecer el menor servicio, y en sus acciones siempre se veía buena intención. He visto a muchachas mucho peores en posiciones más elevadas que las esclavas blancas de Nueva York.



Nellie Bly, pseudónimo de Elizabeth Jane Cochran (Cochran's Mills, Pensilvania, 1867-Nueva York, 1922), fue una de las primeras mujeres que se dedicaron al periodismo. Profesión en la que desarrolló métodos modernos como la simulación para llevar a cabo sus reportajes, gracias a los cuales abrió las puertas a toda una generación posterior de mujeres periodistas. Como solía suceder en su época, dejó de trabajar al contraer matrimonio, pero a la muerte de su marido, heredó la gran empresa familiar, en la que efectuó una reforma radical para mejorar la vida de los empleados. Su falta de experiencia en las negociaciones con la banca y su desconocimiento de la contabilidad comercial la llevaron a la ruina, por lo que, para huir de sus problemas financieros, viajó hasta Inglaterra, donde la sorprendió la Primera Guerra Mundial. El conflicto bélico marcó el regreso a su vieja profesión, y desde Europa escribió para la prensa norteamericana sobre la contienda. Al acabar la guerra, y de regreso en Estados Unidos, siguió ejerciendo el periodismo hasta la fecha de su muerte, de la que se hicieron eco todos los periódicos de Nueva York.

Notas

[1] En español en el original. (N. del T.). <<

[2] En español en el original. (N. del T.). <<

[3] En español en el original. (N. del T.). <<

[4] *Sing Sing* Correctional Facility, prisión de Ossining, en Nueva York. <<

[5] Según el sistema de grados Fahrenheit (°F). <<

[6] Citar a Dios o a Jesús es considerado lenguaje soez en el mundo anglosajón. <<

[7] En español en el original. (N. del T.). <<